Jorge Lavalle Cabo; al escrit[...]
espíritu sutilmente artista; [...]
querido amigo.

Fraternalmente,

David Herrera

HORAS LEJANAS

Imprenta de Coni Hermanos, Perú 684

DARÍO HERRERA

Horas lejanas



BUENOS AIRES
ARNOLDO MOEN, EDITOR
Florida, 323

1903

A Angel de Estrada (hijo).

INTANGIBLE



INTANGIBLE

I

Aquel año, en Mar del Plata, durante la temporada veraniega, fué á habitar un chalet, situado en la colina sur, una señora de apellido patricio, con su hija única. Como desde su viudez, doce años antes, vivía en el más severo retraimiento, eran ellas desconocidas de la gente joven, á quien la febril existencia de los centros populosos hace olvidadiza para con todos los que desertan de la exhibición cuotidiana.

Los paseantes solteros, al ver al principio

á la niña, invariablemente asomada á una de las ventanas, en el tiempo del crepúsculo, con todo el busto visible, volvían asombrados: nunca imaginaron belleza tan perfecta. Pero ese asombro les impulsaba á indagar, y la indagación les traía un desencanto. Aquella cabeza y aquel busto pertenecían á una inválida, cuyas piernas — según lo afirmaron las consultas médicas — las inutilizaba una paraplegia incurable.

Y esto era exacto.

En efecto, la señora Mercedes García de Gutiérrez agotó lo posible terrestre para detener el curso de esa parálisis, de origen medular, terriblemente precoz, lúgubre legado paterno de venenos absorbidos durante una juventud tormentosa y conservados en estado latente hasta la violenta explosión mortal. Pero en Europa, como en Buenos Aires, visitó en vano, con la miseria doliente de su hija, á los más afamados facultativos : el mal no tenía remedio; y pronosticaron to-

dos la incapacidad de la niña — Elena, su nombre — para la realización más tarde de sus sueños y anhelos femeninos.

En compensación de esta semimuerte, el busto adquirió, en la época núbil, un soberbio desarrollo, con el prestigio de la más admirable estatuaria, como si la vida se resarciera así de la estrecha y usurpadora vecindad de su enemiga. También el rostro acentuó la perfección de su óvalo, la pureza de sus líneas, resaltantes bajo el negro lustre del cabello, en la blancura de la piel, donde los ojos, del verde obscuro de las aguas profundas, fulguraban extrañamente. Tanta hermosura sobre tanta desdicha, era como un sarcasmo horrible: evocaba una primavera floreciendo sobre una tumba prematura.

Y dentro de ese cuerpo ruinoso y espléndido, el espíritu de Elena vivía una vida intensa, una vida ardiente, llena de adivinaciones torturadoras, con intermitencias de rebeldía y de resignación siempre sombriamente mu-

das. Su educación fué esmerada (consejo médico para que el estudio y la lectura recreativa contrarrestaran la abrumadora obsesión de su enfermedad), y esa gimnasia del cerebro le afinó, de modo extraordinario, todas sus potencias. Pero á medida que se ensanchaban para ella los horizontes del universo interno, sus padecimientos crecían, dándole la clarovidencia amarga de goces imposibles, palpitantes en torno suyo con cruel ironía. Así, en ocasiones, la asaltaba una ira sorda, un odio secreto contra toda aquella plenitud de dicha imaginada en los demás, y la hubiera visto con gusto trocarse en sufrimientos más atroces que los de ella. Otras veces la vencía un hastío inmenso, absoluto, por la existencia, de uniformidad y desesperanza infinitas; y entonces el proyecto del anonadamiento voluntario se le insinuaba en las ideas, persuasivo y fúnebre.

Por suerte, estas crisis de sus pobres nervios degenerados, si bien frecuentes con el

avance de la pubertad, eran fugaces; y regresaba á su pasiva dolencia, sin que las formidables marejadas íntimas hubieran siquiera trascendido al exterior, sin que experimentara menoscabo alguno la belleza de su rostro, invulnerable á los sufrimientos. Sin embargo, desde hacía poco tiempo, después del período depresivo consiguiente á cada crisis, la reacción venía acompañada de una punzada cortante en la médula espinal. El empleo de la morfina fué necesario; y como los accesos no tenían ya fecha ni hora fijas, aprendió ella misma á inyectársela... cuando no lo hacía la anciana institutriz inglesa, cuyo semblante impasible era el único que en todos los momentos soportaba la enferma. Porque su excesiva irritabilidad nerviosa recrudecía ante cualquiera muestra de pena ó de compasión, y ello obligó al fin á la señora de Gutiérrez á dejarse ver muy poco de su hija; á sumirse más y más en su austero encierro, consagrada á ejercicios

religiosos, é ignorante, en su sencillez moral, de las complicaciones dolorosas de aquel espíritu.

Y en Mar del Plata, continuaron ambas su vivir solitario y triste.

II

En la primera semana, las horas del balneario transcurrieron para Mario de Heredia como un torbellino de diversiones encantadoras, dentro del círculo mixto formado por el elemento soltero del Bristol. Tenía treinta años; su posición social era excelente; su familia nobiliaria; había hecho viajes provechosos por el extranjero — viajes de observación y de estudio, — y ahora acababa de publicar un libro, de mérito artístico indiscutido. Pero su labor, por lo densa y lapidaria, fué nociva á su temperamento nervioso; y aquella existencia marplatense, de impresiones ligeras, puramente físicas, ejercía en él una influencia regeneradora.

Su cerebro, calcinado por la labor pensante ; su sangre, empobrecida por la existencia ciudadana, poco á poco se reconstituían, se vigorizaban, como con benéficos baños de frescura. Y al volver á la soledad del cuarto, el sueño nunca le era esquivo: sus músculos y su espíritu, en el descanso, se fortalecían, apercibiéndose para empezar, con el mismo entusiasmo, el programa del día siguiente.

Gustaba también hurtar algunos ratos á la diaria reunión, para entregarse á solas, en la playa, á contemplaciones objetivas, sin análisis, pues notaba que hasta los espectáculos más triviales eran ahora un deleite para sus ojos. Y desde las diez hasta las doce, sus retinas no recibían sino imágenes plásticas, en el cuadro bullente de la concurrencia veraniega. Bajo los toldos, sobre la arena, grupos de los dos sexos veían á los bañistas agitarse, desaparecer y surgir en las aguas espumosas. Por la Rambla, la multitud circu-

laba indiferente al sol. En los balcones y en las terrazas de las confiterías, otros grupos descansaban del ejercicio del baño. Y donde quiera, en la gloria de la luz, el hechizo armonioso de los colores y las formas, toda la risueña elegancia estival, ante la magnificencia del océano...

Pero aquella placidez de Mario fué efímera.

Entre las niñas del Bristol, había una, rubia y linda, novia en privado de un amigo temporalmente en Europa. El amigo, al partir, le pidió que la "atendiera", si iba él al balneario, punto habitual de veraneo de los padres de ella. En cumplimiento del pedido, la prefirió desde el primer día, cautivándole su inteligencia comprensiva, flexible, su imaginación brillante, su carácter pensativo, su mentalidad, en fin, exenta de todas las superficialidades del "eterno femenino". La preferencia, estrictamente amistosa, aumentó, y fué su compañero en los paseos y en los diálogos mixtos del salón de conciertos.

Nada más natural... como asimismo las bromas que surgieron y los comentarios que las continuaron, por los cuales pasaban, él y ella, á la lista de los compromisos de ese año. Y Mario sintióse de nuevo invadido por su pesimismo social, generador en su alma de invencibles hastíos.

Fué entonces, una tarde, el noveno día de su llegada, cuando abandonó la Rambla, cuyo cinematógrafo invariable de multitud móvil le aburría, y se dirigió á una de las colinas del pueblo. Desde allí, el panorama circundante se le ofreció magnífico. A derecha é izquierda, otras colinas, cubiertas de verdores, alzábanse, salpicadas, á trechos, de casas. Abajo, la población se agrupaba risueña, en una mezcla de techos y azoteas, donde fulgían los rayos oblicuos del sol, próximo ya al ocaso. Más abajo aún, el mar, apacible, de un tinte azul índigo, era un cielo invertido frente á otro cielo...

La tarde desfallecía, y el caserío iba revis-

tiéndose de formas indecisas. De las ventanas de vidrio de un chalet cercano saltaba la luz solar en chispeos sanguíneos. Distantes, los tres pabellones del Bristol erguían sus siluetas, ligeras y airosas sobre el vasto escenario marino. Las nubes, en lo alto, diáfanas, viajaban pausadamente, cambiando de aspecto al cambiar de sitios... El sol apoyó su borde inferior sobre la cima de un montículo lejano. Allí permaneció unos segundos; luego, poco á poco, fué descendiendo, hasta ocultarse del todo, como tras una pira llameante. Y pareció aquel el momento esperado para la creación de una fabulosa taumaturgia.

Por la comba del firmamento se derramaba, descomponiéndose, una oleada de luz roja. La vida crepuscular se esparcía en infinita conjugación de matices; todas las fuerzas activas de la naturaleza quedaron suspensas, y formáronse con las nubes prodigios visionarios. Era aquello cual símbolos

sobrenaturales trazados por la mano de lo desconocido. Del ocaso brotaban llamas cortas; adquirían las más caprichosas figuras, y se diseminaban, radiantes, por la atmósfera incendiada. Sobre la extremidad izquierda de la línea de occidente, un castillo de ónix, del período medioeval, apareció y desapareció, remplazándole amplio lago violeta, cenido por playas de oro. Un templo helénico resplandeció en el levante. En el cenit, en medio de lujosos amontonamientos de tapices anaranjados, dibujóse, con relieve plástico, un lecho de púrpura. Cerca del confín marítimo, grandes copos blancos, sobre manchas escarlatas, fingían hecatombes de osos polares. El océano copiaba en su tersura blanda, amortiguándolas y confundiéndolas, todas estas transmutaciones de tonos y formas. El lado norte ensombrecía su azul; el oriente era de violeta lánguido, y el pueblo entero, envuelto en un vapor rosado, se desplegaba como tras un portentoso lente, con

la apariencia de una ciudad fantástica...

Desde el punto donde se hallaba, Mario asistía absorto, con ese especial recogimiento del artista, á todas aquellas magias crepusculares. Y en la necesidad de que alguien compartiera su admiración, paseó la vista en derredor. Allí, muy cerca, en una de las ventanas del chalet, contra cuyo muro él se recostaba, había una mujer, una niña, arrobadora. Estaba ajena á todo, sumergida en un ensueño, persiguiendo con las pupilas una visión vaga, una visión lejana, como fuera del horizonte sensible.

Hipnotizado, recogía Mario los menores detalles de la cabeza de Elena, las curvas más leves de su busto. Y permaneció en su éxtasis contemplativo hasta la desaparición de ella, brusca, digustada sin duda por la insistencia de aquellos ojos... Era en el instante en que la noche concluía de borrar las coloraciones del poniente, disipándolas sobre el abismo entenebrecido del cielo. Y Heredia regresó al

Bristol, paso á paso, meditabundo, intrigado hondamente por esa belleza. Su alma griega, adoradora de la línea pura, la encontraba intachable. Se preguntaba quién sería; mas no se le ocurrió indagarlo, para evitar bromas y comentarios como los anteriores.

III

Por cinco tardes consecutivas estuvo Mario estacionado junto al chalet. En sus veleidades artísticas estudió pintura, logrando ser un acuarelista pasable. Y se trasladaba á la colina, provisto de los útiles pictóricos necesarios, para explicar su permanencia allí á cualquiera curiosidad importuna... y aun á la suya propia, pues le habría sido difícil darse una respuesta satisfactoria, al interrogarse él mismo acerca de sus visitas. En verdad ¿ qué se proponía ? La joven, aunque infaltable á la ventana, parecía extraña á la presencia del inprovisado pintor. Tan sólo, la segunda tarde, dió indicios de advertirle:

le miró un minuto fijamente, con algo como sorpresa cavilosa. Después, si por casualidad se abatia sobre Mario el resplandor fugitivo de sus ojos, nada leía en ellos, eran impenetrables. Y él llevaba ya hechas cuatro acuarelas, mediocres, se lo confesaba, y aquel paisaje, ya demasiado monótono, en adelante no le proporcionaría sino peores temas é inferiores cuadros.

— "Es preciso que la hable" — se dijo resuelto, camino de regreso.

Pero ¿cómo abordarla? Allí las etiquetas mundanas, era cierto, se modificaban en mucho; imperaba una modalidad llena de franqueza, familiar, propicia á las amistades súbitas. Pero esa franqueza se contenía dentro de la más perfecta cultura, cuyo límite nadie osaba traspasar; y habría procedido de manera incorrecta, grosera, dirigiéndole la palabra á una niña desconocida. Además, era muy raro no verla nunca en ninguno de los puntos de reunión de las familias veraneantes;

y sus vestidos claros demostraban bien que no estaba de luto. Entonces ¿ se trataba de una extranjera advenediza, ó de una criolla de nacimiento plebeyo? En cualquiera de los casos el asunto se hacía escabroso para un amor serio, formal, como debía ser el suyo, por su educación, sus tradiciones de sangre y lo severo de la sociedad en que actuaba...

— "¡ Bah ! — exclamó al fin, cansado de aquel vano soliloquio, — lo indicado, lo racional, es averiguar quién es."

Y agregó en seguida, arrepentido, sin saber por qué, de tal razonamiento :

— " Sin embargo, jamás realidad alguna ha podido igualar á la quimera que reemplaza..."

A la sazón entraba en su cuarto : decidió comer en él para evitarse la ida al comedor y la subsiguiente demora fuera. La noche se anunciaba tormentosa, y quiso aprovechar sus primeras horas, escribiendo algo. Sentía en los nervios esa actividad flui-

da, anunciadora de la gestacion cerebral. En todo el tiempo de su permanencia en el balneario, no había tomado la pluma; las letras le hormigueaban en los dedos, y en su mente burbujeaban las ideas, con el ansia de la forma... En ese instante, un trueno tableteó á lo lejos.

— "Vendría bien la lluvia" — pensó Mario, abriendo de par en par la ventana de su cuarto, en el anexo del Bristol.

El dia fué singularmente bochornoso. Hacia la tarde espesas nubes, de un gris sucio y obscuro, se desdoblaron en el cielo, descendiendo á un nivel opresor. El aire tenía pesadez sofocadora; y al comenzar del crepúsculo y en lo trancurrido de la noche, relámpagos continuos, en la negrura del espacio, describían culebrinas lívidas. El ambiente estaba electrizado; los truenos eran ya asiduos, y sobre la superficie marina, en el relampagueo parpadeante, veíanse arder espumas fosfóreas... Entre tanto, bajo la pluma

de Mario las palabras galopaban, en irrupciones fecundas; los renglones se nutrían; los párrafos se apiñaban, y las cuartillas sucedíanse unas á otras, hora tras hora. De pronto, el cerebro elaborador quedó inmóvil, cual si en él acabara de efectuarse el vacío, mientras sacudían á Mario ráfagas húmedas. Cesó de escribir, substrayéndose á su reconcentración; llovía, llovía torrencialmente; un gran viento frío latigueaba en las casas y los árboles; mil rumores confusos volteaban silbantes, y á ellos, y al repiquetear de la lluvía sobre los techos, mezclábase un clamor bronco, profundo, potente, traído á intervalos por las rachas ventosas: era el océano colérico, azuzado por la tormenta.

— "Se desahoga también la naturaleza!" — murmuró Mario, cerrando la ventana para acostarse.

Durmió bien, y se levantó con el cuerpo ágil y el espíritu risueño. La mañana ostentaba todo su lujo de estío. El cielo, lavado por la

lluvia de la víspera, era de una transparencia cristalina. El sol esplendía, en derroches de luz. El mundo despertaba rejuvenecido por aquella ducha abundante, por aquel masaje de viento; y gérmenes y savias, seres y cosas, latían con júbilo, como en una transfusión de fuerza nueva, de vida sana, para unirse acordes á las aleluyas del universo...

Mario almorzó con apetito, disponiéndose luego á concurrir al salón, al olvidado círculo de jôvenes y de niñas, cuyo abandono se censuraba. Por unas bromas inocentes, sin consecuencia, pues con la vuelta á la ciudad todo terminaba, de sí mismo, ante el cambio de costumbres! Tenía que reconocer su tontería, agravada por sus idealidades vespertinas... ¿ Primorosa ? Indiscutible. ¿ Una verdadera belleza ? Tal vez. Pero en el cosmopolitismo bonaerense cundían tipos análogos, productos del cruzamiento de las razas, y nunca se le ocurrió enamorarse allá de alguno. Sí, estuvo ridículo; era preciso retornar

á sus antiguos hábitos, rehacer su interrumpida existencia.

Y pensando esto, finalizó de almorzar. Después, previo un cigarro en la terraza, entró en el salón.

IV

Para Elena la presencia de Mario, el primer día, cerca del chalet, fué desagradable. Estaba ya harta de aquellas curiosidades masculinas, trocadas luego en indiferencia humillante, ó en compasión impertinente. Una más, no hizo sino aumentar su enojo. cimentado por su antipatía instintiva á ese sexo, libre y fuerte. Su conocimiento práctico de los hombres era casi nulo: médicos y viejos parientes. No había tratado á ningún joven, y sus aprendizajes teóricos, tanto en los estudios de historia como en las lecturas imaginativas, le descubrieron en el hombre — al través de las ponderadas generosidades

varoniles — á un ser esencialmente egoísta, de usuras feroces con la mujer. Y por eso alejó de la ventana la silla rodante, su medio obligado de locomoción.

La vuelta de Mario, por segunda vez, le produjo asombro y perplejidad. ¿ Ignoraría aún su miseria física ?... Mas la tercera tarde sus dudas se desvanecieron : imposible que no hubiera averiguado ya quién era. Luego, si él conocía su invalidez, esa especie de comunión híbrida, de vida y muerte, ¿ á qué obedecían sus visitas ? ¿ Qué sentimiento, enigmático para ella, guiaba aquella admiración muda, aquel entusiasmo respetuoso, patentizados en los ojos, en los actos, en todo él ? Su distinción veíase en su porte ; su inteligencia se adivinaba en el fulgor interno reflejado en su fisonomía. Y poseía aún algo más : alma artista, pues era notoria la unción con que, minutos tras minutos, tarde por tarde,se dedicaba á reproducir en sus cartones las vistas circundantes... Y con la

vehemencia de los temperamentos reconcentrados, con la abnegación de las almas doloridas, se entregó á aquella simpatía.

En su yo moral brotaba un sentimiento nuevo, ligándola por vez primera, sin martirio, á la existencia. Su naturaleza latente de mujer, sus intuiciones sensitivas de virgen, retenidas en estado nebuloso por el fracaso á medias de su cuerpo, al toque de aquel sentimiento — confuso todavía y cuya índole exacta no podía analizar — se cristalizaban, llenándole el alma de cosas nobles, de conceptos justicieros sobre las faces buenas de lo creado. Especialmente, fué optimista para todo lo de Mario. Y ella, cuya habilidad artística sobresalía en dibujo y pintura, encontraba magistrales las acuarelas de él, examinadas á hurtadillas, con unos lentes de teatro.

¿ Quién era ? ¿ Cómo se llamaba ? ¿Cuánto tiempo permanecería en las playas ? ¿ Cuáles eran sus relaciones, su género de vida ?

¿Cuáles sus ideas, sus gustos, sus predilecciones? ¡Le habría complacido tanto enterarse de la personalidad de ese inesperado amigo, de actitud tan distinta á la de los otros, que no le rozaba ásperamente su delicadeza nerviosa, que observaba siempre una conducta llena de benevolencia, en su elocuente mutismo!...

Y en el corazón de Elena, ávido de afectos, hubo para Mario gratitud inmensa.

Unicamente le perturbaba este florecimiento espiritual, el dolor de la médula, desaparecido en el balneario. Su reaparición coincidía, inexplicable, con las visitas de Heredia. Y los accesos eran continuos, bien que no violentos. Pero en la mañana del quinto día, recrudecieron, aunados con inusitada agitación interna. Después del meridiano, en el avance de la tarde, el malestar aumentó, y la punzada tuvo abrumadora rudeza. No obstante, en un esfuerzo supremo, antepuso la voluntad á lo agudo de la dolencia, y no

faltó en la ventana á la hora de costumbre. Allí la contempló Mario, adorable siempre, en su impenetrabilidad de esfinge... Y al retirarse ese iluminador de sus sombras, el comprimido mal estalló más terrible, y sólo á la segunda inyección pudo su cuerpo anestesiarse y su cerebro dormir pesadamente, mientras la tormenta surgía, actuaba y se perdía en el infinito.

Despertó con el sol próximo al cenit. Experimentaba general alivio y un cansancio benéfico la sumía en la beatitud de las inercias mentales. La concordia de los elementos en aquel día luminoso la impregnaba de dulzura, de languidez consoladora; no quiso ocuparse en labor alguna, y dejó á su madre distraerle las horas con la lectura de los diarios. Así aguardó el descenso del astro á la gran parábola del occidente...

V

En el salón de conciertos, vasto y simple, — cuyos muros blancos los rayaba de rojo la doble fila de sofaes y sillas, — en el fondo, junto al piano, al pie de un escenario pequeño, estrado de la orquesta, estaba el inmutable grupo de solteros y solteras del Bristol. Entre ellas, la prometida del ausente. Aparte, las mamás miraban. En un sofá, una pareja de novios se aburría en silencio. Lejos, tres casadas jóvenes, formando también grupo, conversaban...

— ¡ Felices los ojos que lo ven! — prorrumpió una de las muchachas, al acercarse Heredia.

— Si son realmente felices, un millón de gracias — les contestó éste, sonriendo.

— Suprima el millón y deje las gracias — dijo la del lado, una chicuela vivaz y bonita.

— Suprimir el millón, ustedes, farsantes, si no quieren otra cosa! — gritó de enfrente la voz agauchada de uno que pasaba por gracioso.

Mario se volvió rápido para responder; pero ya las niñas se adelantaban, exclamando á una, alegremente:

— No ha oído y habla!... Maestro Ciruela!... Si creerá que estamos á la moda!

Y comprendió Mario que aquella, al parecer, insolencia, era un rasgo de *esprit*: que sería candidez de su parte no reir, y rió también, como buen muchacho que goza con las agudezas de otro... Su compañera de colocación, ya en diálogo concreto, le preguntó:

— ¿Y dónde se mete el misántropo, si no es indiscreción saberlo?

— Se mete: en la arena hasta los tobi-

llos, en el mar hasta el cuello, en un cuarto donde hay una cama para dormir, en un comedor, donde se come, y se mete á charlar ahora con muchachas muy lindas; pero metiéndose en tantas partes, nunca se mete en las vidas ajenas...

— Poco amable el final — exclamó su interlocutora.

— No hago sino repetir lo que ese supuesto misántropo me ha soplado, y el cual nada tiene que ver conmigo...

— Bueno, pues, como yo sí me meto en la vida ajena, le diré que todas las tardes lo ven junto al chalet de la señora Mercedes García...

— Mercedes García... ¿la viuda de Gutiérrez? ¡Ah! ¿ese chalet es de ella?... Efectivamente, pinto á menudo en aquel paraje, y creo que, sin provecho alguno, empiezo á recordar mis aficiones de acuarelista...

Las últimas palabras fueron arrebatadas por el 5° *vals Boston*, que llenó la sala.

Algunas parejas se levantaron, enlazándose en los giros del baile.

— ¿ Sabe de quién es ese valse? — le preguntó su vecina á Heredia.

— ¿ No es de Ramenti ?

— ¿ Y sabe que Ramenti no es un nombre, y significa *mentira ?*

— No sabía; ahora lo sé... pero no entiendo...

— Porque no quiere : son del mismo autor las acuarelas de hace poco...

— Y la verdad — dijo interviniendo desde su sitio la novia del amigo ausente, con cierta expresión de malicia burlona en los ojos, — es que usted *festeja* á Elena Gutiérrez, la tullida !

— La verdad de todo — replicó Mario sin turbarse, y levantándose — es que me caigo de sueño, y voy á dormir la siesta... si ustedes me lo permiten.

Y haciendo un saludo general se separó de la reunión, pronta ya á disolverse con la ida de la orquesta.

VI

Desde que Mario oyó el nombre de la viuda de Gutiérrez, su memoria no descansaba : la intencionada broma final le hizo completa luz. Su madre, más de una vez, le habló de una amiga de la infancia y del colegio, á quién cesó de ver en las separaciones naturales de los viajes, del matrimonio, de las diversas y variables relaciones de las grandes sociedades. Esa amiga tenía una hija, única, tullida. Era, pues, la misma, la que tanto le entusiasmara durante cinco días. Y resolvió, ya en el letargo invasor de la siesta, concluir con aquel extravagante idilio. ¿Cómo, entonces, dos horas más tarde se hallaba al pie de la ventana de Elena ?...

— ¿Es á Elena Gutiérrez á quien tengo el gusto de hablar? Soy Mario de Heredia, y creo haber oído en más de una ocasión hacer referencias de usted á mi madre, vieja amiga de la suya.

Una voz salió del cuarto, haciendo volver los ojos á la niña.

— ¡El hijo de Rosario!... ¿Cómo lo había de conocer?

Y un rostro coronado de nieve asomó por el claro:

— Entre: es usted el bienvenido. Ya hoy no se toma *mate,* como en los tiempos en que Rosario y yo nos robábamos la yerba para tomarlo lejos de nuestros mayores: le ofrezco el té de las cinco.

Mario entró, pareciéndole, al hallarse entre ambas, que hasta un viejo retrato pendiente del muro le saludaba afable. La señora dijo, viendo sus miradas:

— Es papá: bastantes retos recibió de él Rosario, que era diabólica de traviesa.

Y el joven se inclinó ante el cuadro, con una sonrisa, provocando así la agradecida de la hija y la indefinible de la nieta. Un sirviente apareció con el servicio del té, y lo puso al alcance de Elena. Esta preparó las tazas y presentó una á Mario :

— He aquí — le dijo, saliendo de su mutismo — el hidromiel de la hospitalidad...

— Lamento no ser un héroe nibelungo para hacerle honor — contestó Heredia, acariciado armoniosamente por aquella voz pectoral.

— Pero es un artista, que hace acuarelas muy lindas y que, sobre todo, ha escrito un precioso libro... Sí, precioso ; pero también muy triste. No parece sino que fuera usted el enamorado de la Muerte. Bajo la riqueza de su forma, llena de vida, en su libro hay siempre algo que muere : — á veces un sér ; á veces una ilusión, una esperanza, un sentimiento ; á veces hasta el mismo recuerdo...

— Veo que he tenido siquiera una lectora inteligente... tan inteligente como hermosa...

— ¡Oh! sí... una Venus — le interrumpió la niña.

Y el semblante se le cubrió de sombra. Mario no supo salir del paso, sino con una frase torpe.

— ¿Va usted á menudo á la playa?...

Y Elena entónces — entre la inquietud dolorosa de la madre, y la confusión del joven por su nueva tontería — exclamó jovialmente:

— No, no voy á ninguna parte: las cosas vienen á mí. Sólo cuando son muy grandes me gusta verlas á distancia: por ejemplo, el cielo y el mar...

La charla continuó hasta el crepúsculo. Y el nuevo amigo despidióse, aceptando la invitación diaria para el té de la tarde, hecha por la señora de Gutiérrez, contenta de la inusitada animación de su hija.

En tanto, Mario se encaminaba al Anexo, pensativo.

— ¡Encantadora criatura! — se decía, poniéndose el traje nocturno. — Y pensar que

su alma de elección, excepcional en la mujer, la deforma, la incapacita, la anula... ¿qué? Nada y mucho. Ese rostro puro y ese busto impecable son un imposible para la materia tiránica. ¡Pobre niña! El destino ha tenido, al crearla, una fantasía infernal... Pero, con todo, su trato será siempre mejor que el de las otras; dejaré de oir hablar de noviazgos, de festejos, de qué sé yo cuantas frivolidades, y haré de su casa un refugio para mi fastidio, mientras llega el momento de ir á fastidiarme en la ciudad... por muy corto tiempo, afortunadamente...

VII

Fueron doce días únicos, abiertos, como un luminoso paréntesis, en la eterna tristeza del vivir de Elena. Aquel té, preparado por ella con delicia, tenía la virtud de un filtro mágico. Sus ojos, sus labios, todo su semblante irradiaba claridades risueñas. Y se dejaba mecer blandamente, en secreto, por aquel bienestar dulcísimo, que la envolvía y la penetraba, despertándole de su largo sueño, sentimientos, sensaciones y anhelos jamás imaginados.

Mario no la había conocido antes, y no sospechaba siquiera que su presencia era la causa de tal transformación. Así, estimulaba

con su asiduidad lo que inconsciente para ambos se infundia, formidable de magnitud, en aquella alma. Y á diarío acudía allí, saboreando el placer exquisito de encontrar un temperamento gemelo, donde sus ideas, sus imaginaciones, sus conceptos, sus refinamientos, tenían siempre repercusión simpática, y regresaban á él, asentidos, modificados ó discutidos, como el eco de su pensamiento, como la dualidad de su propio espíritu.

En su segunda visita, se fijó en un estante-biblioteca, arrinconado en un ángulo de la pieza.

— A ver — dijo acercándose : — quiero conocer sus gustos.

Y mientras él recorría los volúmenes, Elena le miraba. Aquel hombre, joven y apuesto, era el mismo de quien más de una vez, leyéndole, pensó: " he aquí á uno á quien desearía tratar "... Y era doble su regocijo ahora, al ver en ese uno, á dos desco-

nocidos que la impresionaron agradablemente.

— ¡ Pero si tropiezo con muchos amigos ! — exclamó Mario — ¿ Lee usted estas cosas sin temor de envenenarse?

— ¿Que no son las lecturas permitidas á una niña? — le dijo la enferma, adivinando lo que el joven no se atrevía á expresar. Convenido; pero convengamos también que *yo* puedo leer todo: nada me enseñará lo que nunca comprenderé; nada ha de entristecerme tanto como mi propia vida. Sí, puedo leer todo — agregó dulcificando la frase con una sonrisa — hasta su libro, que hace adorar la muerte.

Y desde ese día, Mario evitó cuidadosamente cualquier tema de conversación que trajera á ella alguna reminiscencia de su estado. Esta esgrima del cerebro, por la cual se notaba bueno, le enaltecía consigo mismo. Elena lo adivinaba, con la finura de penetración del infortunio, y su gratitud se robuste-

cía, se agigantaba, germinando en su corazón algo inaccesible á su raciocinio, pero que, por el momento, la beatificaba deliciosamente. Las visitas de Mario tenían la eficacia de un ungüento milagroso : le curaban las ulceraciones del alma, narcotizándole la conciencia de su desdicha corporal... La punzada no era ya sino vago recuerdo: la morfina estaba olvidada, y su contento tenía duración uniforme.

Pero sólo la manifestación de un afecto amistoso se traslucía para Heredia en los modales de Elena... Ni podía juzgarlos de manera distinta. ¿Cómo ocurrírsele que el trato suyo originara en ella sino un cariño cuando mucho fraternal? Su invalidez — como la acción constante de la realidad sobre lo deleznable de una quimera — acabó por suprimir á los ojos de él todo lo femenino de ella, y ahora la consideraba tan sólo como una compañera espiritual en sus orales correrías artísticas, como una audito-

ra comprensiva de sus disquisiciones estéticas. En consecuencia, una tarde, la duodécima de su entrada en el chalet, le dijo ingénuamente :

— Acabo de recibir un telegrama de papá, en que me llama á Buenos Aires. No hay ninguna novedad en la familia ; son asuntos de la estancia. Además, la temporada termina ; en el Bristol la dispersión es general, y supongo que ustedes nos seguirán en breve. Me despido, pues, hasta muy pronto : no tengo nada listo y parto en el tren de esta noche... Espero que en Buenos Aires no me negará este buen té de las cinco — añadió dirigiéndose á la señora de Gutiérrez.

— No... qué ocurrencia ! — mumuró Elena maquinalmente, mientras su madre respondia:

— Al contrario, es usted el que va á olvidarnos, con las diversiones de la Capital. Pero si acaso se acuerda de nosotras en sus ratos

perdidos, ya sabe que allá nuestra casa es también la suya...

Hizo encargos cariñosos para su amiga de infancia; y el joven se alejó con tristeza de aquellas sitios hospitalarios.

VIII

— Heredia tiene razón, mamá — exclamó Elena, rompiendo el silencio que siguió á la despedida de Mario ; — es tiempo ya de regresar.

— Cuando gustes, hijita : ¿ quieres á fin de esta semana ?...

La noche fué larga y sin sueño. Legiones de pensamientos cruzaban por el cerebro de la tullida, rechazándose ó uniéndose en continuo vaivén. Pugnaba por disiparlos con reflexiones justas, y, á pesar de todo, á despecho de su voluntad, la acometían de nuevo... ¿ Por qué afligirse ante aquella ausencia ? ¿ No debía al cabo suceder eso ? ¿ Podía acaso pre-

tender que se eternizaran sus visitas, haciéndole parte integrante de su vida miserable?... Mas estas consideraciones nada lograban contra el oleaje confuso de su mente; tan confuso, que eran percepciones sin forma, sentimientos imprecisos, en los cuales sólo había una idea clara, una idea lacerante: la convicción de no volver ya á verle todas las tardes. Y esta certidumbre le oprimía el corazón con tenacidad sorda, con suavidad perversa, como si una mano delicada se lo apretara lenta, felinamente... Pero no quiso inyectarse morfina; le había prometido á él no usarla sino en los ataques agudos de la médula; y resistió heroica el malestar del insomnio.

El alba se insinuaba ya en el cuarto cuando consiguió dormirse, abatida por el mismo desvelo... La punzada, la punzada violenta, desgarrante, enloquecedora, la despertó tres horas después. El dolor era tal, que la institutriz compareció asustada, por la manera como sonaba la campanilla eléctrica.

— La morfina! —fué todo lo que pudo sollozar la enferma, con la faz convulsa y los ojos delirantes.

El frasco estaba vacío desde hacía varios dias; hubo que preparar una porción completa.

— ¿Cuántos?... ¿dos? — preguntó la inglesa.

— No, son pocos .. tres, cuatro... los que quiera — contestó Elena, cuyos miembros sanos, sobre la rigidez de las piernas, se retorcían en el paroxismo del tormento.

La institutriz pesó escrupulosamente la morfina, á razón de tres centígramos por cada gramo de agua. La solución quedó hecha; el frasco lleno. En seguida le aplicó la inyección, y el efecto fué inmediato: Elena sintió que aquella mordedura horrible iba debilitándose, languideciendo, evaporándose por grados; la exasperada tirantez de sus nervios se aflojó, y toda ella, al minuto, caía bajo la insensibilidad reparadora del sueño.

Salió de su letargo al comenzar el crepúsculo. La punzada era opaca; sus pensamientos perezosos, y una laxitud profunda la embargaba. En ese estado duró aún media hora, hasta sacudir las últimas brumas del narcótico. Entonces su mente dedicóse á elaboraciones melancólicas.

Lo imprevisto la había sorprendido, en medio de la paz de aquellas horas, ya por siempre idas. No le restaba de su bienestar extinto, sino la sensación de un gran silencio, formado de súbito en torno de ella, de una soledad honda, como un mar de aguas pálidas. Su primer brote de contento, de esperanza, de ternura, no alcanzaba todavía su pleno desarrollo, cuando ya una helada prematura se tendía sobre él, para secarlo y destruirlo y anonadarlo; y en adelante el curso inexorable de sus días sería más doloroso, al recuerdo de ese pasado fugaz, de esa dicha avarienta, que le dejaba para la desesperanza de su futuro, sólo promesas dudo-

sas y presentimientos tristes. Y en el fondo de su cerebro, muy recóndito, se condensaba un obscuro impulso, un deseo nebuloso, todavía fuera de las nociones pensantes, pero ya dotado, al parecer, de fuerza irreducible...

Después de la comida, se sintió mejor; el espíritu recuperó su equilibrio, y se amortiguaron sus meditaciones desoladas. Se hizo trasladar al lecho, y escuchó por un rato el ritmo nasal del acento de la institutriz, en la lectura de un poema de Tennyson. Cuando terminó y la dejó sola, se puso á hojear los diarios llegados por la tarde. Buscó la sección social de uno; luego, el fin de ésta, en donde se consignaba el movimiento veraniego, y leyó. En la quinta noticia se detuvo y repitió su lectura... Fué apenas un ligero frío en la espina dorsal; y permaneció quieta, mirando sin ver el diario abierto, mientras sus labios murmuraban, cual si no supieran decir otra cosa :

— Ah!... se va para Europa!...

(La noticia daba, como inmediatos, el regreso de Mario á la capital, esa mañana, y su partida á París, proyectada por él para la primavera, ocho meses más tarde).

Al estupor brusco de todo su organismo, pasado un lapso de minutos, la reacción sucedió pasiva y sombría. Una vergüenza de sí misma le anegaba el alma, humillándosela. Sentíase como bajo el peso aplastante de un insulto; de un insulto contra el cual no tenía ni siquiera el derecho de la protesta. Todas las visitas de Mario, todas sus demostraciones afectuosas — oh! ella no pretendía que excedieran de la amistad! — esos diálogos encantadores, en fin, no fueron sino un producto egoísta de él, un juego caprichoso de su fantasía; y en lo íntimo debía de creerla un pobre sér sólo objeto de lástima, un harapo de humanidad, cuando nada le dijo de aquel viaje, cuando la juzgó indigna de asociarla á

sus proyectos privados. ¿Qué era, pues, en rigor ella, si ni de él mereció un poco de aprecio, una migaja de cariño? Y juzgándose con severidad desgarradora, se tuvo asco, un asco horrible...

A este tiempo, una onda de claridad blanca inundó el cuarto. Había transcurrido la noche, y un nuevo día alboreaba para su martirio. ¿Cuántos más le tendría señalado el destino? Miró el frasco de la morfina. Estaba sobre la mesa de noche, al lado del estuche de la jeringuilla, y ambos se perfilaban netos en el crecimiento de la mañana. Con cinco ó seis inyecciones de aquella fuerte solución todo concluía!... Estiró el brazo, y tomó el estuche, mientras con la mano libre se desnudaba el pecho, cuyos níveos relieves se esmaltaron en la luz. Destapó el frasco; abrió la cajita... Mas no pudo continuar en su designio: un poder superior se adueñó de pronto de su voluntad, paralizándosela... ¿Morir?... ¿Tenía acaso derecho á esas rebeldías, ella,

despojo despreciable de carne enferma?...

Y dejó caer el brazo pesadamente fuera de la cama, abrumada toda por un desfallecimiento infinito.

A José Luis Cantilo.

EN EL GUAYAS



EN EL GUAYAS

Fué una sorpresa aquel despertar, anticipado por los ritmos sonantes de una música de banda. Me hallaba á bordo del *Imperial*, frente á la isla de San Pedro, en la entrada del Guayas, el gran río ecuatoriano. Amanecía. La tarde anterior pasamos cerca de la "Isla del Muerto", y en verdad, el peñasco, bajo las brumas crepusculares, daba la impresión de un cadáver de cíclope, inmovilizado sobre la movilidad de las olas. A las ocho fondeamos en la desembocadura del río, y se aguardaba el día para proseguir el viaje, por entre la multitud de bancos areno-

sos, con rumbo á Guayaquil, distante aún siete horas. Nos rodeaba una tierra desierta y montañosa. ¿De dónde brotaba aquella música?

La respuesta la obtuve en seguida: alguien llamó á la puerta del camarote, y la lámpara eléctrica recortó luego, dentro del marco, la figura morena del coronel Alfaro, hermano del Presidente del Ecuador, y alto magistrado él también. "Los amigos — me dijo — han venido á buscarme en un vaporcito: si quiere evitarse las incomodidades de la Aduana, venga con nosotros". Agradecí la invitación, sin aceptarla. No estaba mi espíritu propicio para ese arribo bullicioso á la ciudad extranjera. Dejaba atrás la patria, bruscamente abandonada; dejaba el hogar, que mis ojos no volverían á ver — el hogar con todas sus tradiciones seculares, — y en él á la madre y al padre, nevados de años, abatidos en sus lechos de enfermos, próximos, muy próximos ya al desligamiento de la

vida. Y allá quedaba, perdurando en las fisonomías y las cosas, la infancia con sus inconciencias felices, con sus juegos y alegrías; quedaba la primera juventud, con sus entusiasmos, sus revelaciones y sus sueños, con sus emociones y sus goces... El pasado triste; el futuro opresoramente misterioso... No, no estaba mi espíritu para esa llegada al país desconocido, entre músicas, y brindis y vítores, vibrantes ahora en una sola ráfaga... El coronel debía de encontrarse ya entre los suyos.

El vapor navegaba sobre el estuario cuando subí á cubierta. La mañana era lluviosa y opaca. La temperatura, fuertemente cálida. Una enorme nube plomiza, desde la curva del este, se extendía hasta más acá de la mitad del cielo, dejando sólo limpio el norte y el extremo oeste. Bajo ella, el sol ni siquiera se adivinaba. La lluvia caía menuda, compacta, y, en bruma acuosa, les quitaba á los

objetos lejanos su aspecto real, esbozándolos con vaguedades fantásticas. Así, la cordillera andina, en el fondo del horizonte — y en la región donde con más poderío yergue su pesado engranaje de montes y volcanes — se hacía leve como una ficción de celajes. A la izquierda, á cien metros, muy corto, muy ancho, iba el vapor fluvial. En su cubierta se agitaban, en muchedumbre apiñada, los amigos del coronel Alfaro, con el abigarramiento de sus trajes militares. Dos bandas, en el entrepuente, tocaban, turnándose; y valses y aires marciales sucedíanse sin interrupción. A ratos, perforaba la onda melódica el estampido de un taponazo. Detrás del vaporcito se dilataba la ría, incierto su límite tras el velo pluvioso; y cerca de la margen derecha, rozando las ramas con el casco, el *Imperial* marchaba. Su proa fina hendía la corriente, y al rasgarse el agua, se encrespaba en olas espumantes. En la cubierta, protegidos de la lluvia por el toldo de proa,

algunos pasajeros contemplaban el paisaje. Entre ellos, una linda niña canadiense, en la adolescencia, abría sus pupilas azules ante la extraordinaria exhuberancia de aquella naturaleza. Las tonalidades verdes del follaje se amortiguaban en el gris de la mañana, adquiriendo uniformidad aterciopelada; y el enmarañamiento de los bosques desfilaba sin término, en una sola, impenetrable masa obscura. Canoas y pequeñas goletas, con el velamen desplegado, aparecían, se aproximaban y desaparecian fugaces por la popa del barco. De las tupidas redes de juncos levantábanse bandadas de aves, pintando en la atmósfera turbia su estallante policromia. Y la vida vegetal se desbordaba siempre por la orilla, en un empuje violento de savias, en una irresistible marejada de hojas.

Era sin duda aquél un espectáculo maravilloso para el grupo de pasajeros. Todos miraban, agrandados los ojos, silenciosamente. Originarios de los climas fríos, su pri-

mera impresión de las selvas del trópico, en su paso á vuelo de pájaro por el ferrocarril del Istmo, se ahondaba ahora, frente al apogeo de estas germinaciones inauditas... De pronto el panorama entero resplandeció. La lluvia había cesado; y la nube que cubría los dos tercios del cielo se partió en varios fragmentos, dejando libres anchos claros del azul. Desde uno de ellos, el ardiente, el calcinante sol ecuatorial vertía sobre la tierra sus cataratas de fuego. Los horizontes retrocedieron. La orilla izquierda del Guayas se precisó á la vista, en su lejanía cerúlea. La de la derecha, casi en contacto con nuestro barco, surgía con más intenso relieve, detallando los cambiantes de sus verdes, el complicado tejido de sus ramas, el esfuerzo impetuoso de sus copas. La superficie del río espejeaba, y en el oleaje espumoso de la hélice había mil hervores diamantinos. Un vuelo de garzas nevó en el aire los copos de sus plumas. A distancia, la

ciudad se acusaba, todavía informe, en una mancha blanca ; y sobre el fondo cristalino del cielo, los Andes, superponiéndose en monstruosas graderías, lanzaban al infinito sus moles. En medio de ellas, más alto, lleno de soberanía en su blancura inviolada, el Chimborazo, á centenares de kilómetros, se destacaba contra la parábola celeste como una pirámide de plata... Al mismo tiempo las dos bandas de música del vaporcito, siempre paralelo al nuestro, rompieron en un himno, cual si con él celebrasen el advenimiento del astro, el gran purificador de aquellas zonas. En la cubierta del *Imperial*, el grupo de pasajeros se dispersó para admirar, cada uno por su lado, lo que más le atraía del mágico paisaje ; y la niña canadiense, en el extremo de la proa, quedó solitaria, bajo el baño de luz, siendo así, en su hermoso tipo rubio, como el complemento armónico de aquel triunfo solar.

Las primeras casas del suburbio de Gua-

yaquil aparecieron á mediodía, envueltas en una atmósfera de lluvia, más fina y compacta que la precedente. El sol tuvo un reinado efímero; los fragmentos de nubes, como rollos de telas, se desdoblaron, se ensancharon, se juntaron, soldáronse, y fueron ya una inmensa techumbre dc zinc, extendida hasta los confines del cielo. En aquel ambiente, la visión de la ciudad era penosa. Desde el vapor, en el desfile asimétrico de la edificación suburbial, veíanse lagunas y pantanos, reemplazando á las calles: algunos habitantes cruzaban el fango sobre puentecitos de madera. Después emergió la Avenida Olmedo, semejante al lecho limoso de un río. Luego, el comienzo del malecón. En seguida, todo él, con su muchedumbre circulante, desdeñosa de la lluvia, con su mercado al aire libre, y con su vasta línea de casas, tatuadas de avisos y rótulos comerciales, en frente de otra línea, no menos vasta, de canoas, de goletas, de veleros grandes y vapo-

res pequeños, atracados á la orilla... Habíamos llegado.

Allí concluía mi viaje y comenzaba lo desconocido. ¿Lo desconocido alegre? ¿Lo desconocido triste?... Con la vista recorría la extensa fila de casas: todas de madera, como las restantes, de arquitectura singular — cavadas en su parte inferior por anchos portales de columnas, y la superior, sin balcones, ostentando en el muro saliente puertas de cuadros levadizos con persianas giratorias — producían en mi espíritu la secreta angustia que inspiran las fisonomías y los paisajes nuevos, cuya impenetrabilidad tiene siempre algo de hostil. Y nunca como entonces, en que la tierra propia, el hogar, los amigos de todas las horas, pertenecían á un pasado de sólo cuatro días, fué tan intensa mi sensación de soledad y de expatriamiento... Un abrazo, estrechándome cariñoso, destruyó aquél primer brote de nostalgia. El compañero de la niñez, casi hermano, estaba á mi lado y

me daba en su abrazo la bienvenida. Caso raro el de aquélla amistad : nacida entre dos familias, en la época de la Colonia, venía transmitiéndose de padres á hijos, al través de cuatro generaciones, con afecto cada vez más íntimo. Y sus dos representantes menores, tras una separación de meses, reencontrábanse, lejos ya de sus casas, en país extranjero, para después volver á separarse, radicado el uno allí, fundador de una nueva familia, y lanzado el otro á los azares de una peregrinación más larga, llena de desgastes físicos y desalientos morales.

— En el salón — me dijo — te aguardan algunos amigos.

Era una media docena de muchachos, de fisonomías francas y palabra amable, el grupo más brillante de la juventud intelectual del Guayas. Entre ellos, el rostro pálido, delicado, soñador, con grandes pupilas, como de fiebre, de Emilio Gallegos del Campo, y el rostro rubio, róseo, gesticulante, un tanto

irónico, de Alberto Arias Sánchez, cuya muerte en Valparaiso, hace poco,en su puesto consular, ha sido sonora por su trágico misterio... En tierra, mis conocidos recientes me abreviaron el paso por la Aduana y me facilitaron la instalación en el hotel. La impresión penosa que desde el vapor causaba la ciudad en su conjunto, crecía al recorrer sus calles, recubiertas de agua y lodo, bajo aquéllos portales, en donde el día nubloso derramaba melancolías de crepúsculo. Ningún carro, ningún coche transitaban sobre la blandura líquida del suelo. Tan sólo los tranvías, arrastrados por bestias desfallecientes, circulaban lentos, salpicando barro. Y sin embargo, el vaivén humano á pie era numeroso, y por él se conocía que se estaba en una población de labor y de riqueza. En ocasiones, como para atenuar la penetrante congoja del aire, alzábase un cuadro de persianas y asomaba una cabeza femenina, cuyos ojos, rivales por hermosos de los limeños, nos atisba-

ban curiosamente... La tarde moría. El parque Seminario nos ofreció cortos momentos sus adornos estatuarios y sus esplendores florales; y regresamos al hotel, apremiados por el tiempo, convertido en aguacero diluviante. Uno de los amigos me dijo, adivinando quizás mis pensamientos:

— Llega usted en la peor época del año: el último mes de la estación lluviosa. Ya verá dentro de unas semanas qué distinto es todo.

En efecto, en su primavera de nueve meses — nueve meses sin lluvias, con cielo siempre puro, piso siempre seco y brisas siempre frescas, con sol regenerante y noches de luna incomparables — la ciudad resurgió á mis ojos como transformada por un benéfico conjuro. Y sus hogares, conservadores también de nobles tradiciones, tuvieron para el peregrino cariños hospitalarios; y los amigos de la llegada, y los de mayor edad, conducidos en los días siguientes á mi

cuarto de hotel por eficaces recomendaciones, fueron los que más tarde rodearon el lecho del moribundo — mi padre — en su viaje, ya interrumpido, á la capital peruana; los que llevaron su cuerpo al reposo definitivo; los que dieron consuelo al duelo de la hija... Ausente estaba yo entonces, muy lejos, iniciando en la capital enorme — hoy para mí segunda y más generosa patria — un rudo aprendizaje de la vida. Ausente estaba; pero los nombres de esos que así acogieron y dulcificaron la agonía del anciano y la desolación de la joven, los guarda, sagrados, mi recuerdo...

A Alfredo de Arteaga.

UN BESO



UN BESO

Los pasajeros abandonaron el comedor, y quedamos en la sala del *Chile*, los cuatro amigos de la misma mesa, siguiendo, entre las aspiraciones del humo de los cigarros y los sorbos del café, nuestra charla, mecida cadenciosamente por los tumbos suaves del barco. En el salón contiguo, Alicia, la linda limeña — cuya vivacidad adorable, en la gracia ingenua de sus diez y ocho años, alegraba la monotonía del viaje — tocaba en el piano un *lied* de Mendelssohn.

Estábamos á la altura de Arica. Al través de las ventanas aparecía, distante, el puerto

cautivo. Su caserío se apiñaba sobre la cordillera costeña, cuya absoluta aridez, desde el comienzo del litoral peruano, se rompía ahora con frescos cuadros de verdura. Del otro lado, la vista dilatábase por la planicie marina, de trepidaciones lentas y largas, sobre la cual un sol gozoso, en el cenit, dardeaba su luz rubia. En los flancos del vapor, el manso oleaje de la rada tenía sonoridades dulces.

Y como se hablara de las mujeres de Lima, Antonio, el joven santiaguino, que venía de concluir en un colegio de New-York sus estudios de ingeniero electricista, exclamó:

— Sí, convengo en que son encantadoras; pero pierden mucho cuando se las compara con las norteamericanas... A pesar de mi profesión no soy, en lo general, partidario de ese buen país yankee. Me abruman—á mí, latino por esencia—sus maquinarias, sus puentes, sus edificios, sus diarios, sus *réclames*, todas

sus creaciones enormes y desproporcionadas: ellas evidencian un dón especial para lo inarmónico, para lo inartístico. Pero, en cambio, poseen algo encantador, algo de que guarda mi espíritu un recuerdo imborrable. ¡ Ah, sus mujeres!... He besado más bocas virginales que rayos luminosos está derramando el sol en el mar. En este ejercicio adquirí conocimientos profundos; y, como des Esseintes en la del perfume, soy un maestro en la complicada ciencia del beso. En ella reside el placer perfecto, por lo mismo que no se llega jamás á la saciedad del goce total, con su corolario de hastío. Y no creo nada tan delicioso como esos *flirts* — inofensivas farsas amorosas — en que ejecutáis, pianista hábil, músicas exquisitas sobre el teclado vibrante de una boca propicia, roja y aromada cual cereza madura!...

— No estamos de acuerdo, Antonio – dijo don Carlos, diplomático ecuatoriano — Las muchachas norteamericanas, con su educa-

ción y sus costumbres, me producen el efecto de las "semivírgenes". ¡Dar los labios al primer conocido con la impúdica facilidad de una cortesana vulgar! Eso será agradable para los galanteadores de oficio; pero es desilusionador para el amante sincero. Eso es la prostitución, la vulgarización del beso, convertido así en un acto tan estúpidamente maquinal como el de darse la mano, puesto que pierde todo el atractivo de lo difícil y prohibido...

—Tiene razón, don Carlos,—dijo Hernández, el emigrado venezolano. — Además, agregó palideciendo, tales besos serían profanadores para quienes saben que los hay mortales.

Y como si hablara consigo mismo, con voz sorda y trémula, en una evocación dolorosa, continuó diciendo:

— Yo amaba á aquella niña con todo el entusiasmo y toda la generosidad de mis veinte y cinco años. La amaba por su belleza

aristocrática, por su inocencia absoluta, por su temperamento nervioso, hondamente sensitivo, que la sumergía á menudo en tristezas inconscientes y avasalladoras.

Sobre su existencia en flor, agitaba sus alas tenebrosas una enfermedad trágica : un aneurisma cardíaco. Tarde ó temprano, no lo ignoraba, la fulminaría ; pero ésto, en lugar de aminorar mi cariño, lo acrecentaba, y hacíame amarla con más ternura, pues, á cada instante, me asaltaba el temor de que, por cualquier conmoción ruda, estallara el terrible mal...

Una noche, noche del trópico, esplendorosamente serena, suavemente tibia, fragante con todos los perfumes traídos por el viento desde las grandes selvas, quedamos solos los dos en el balcón de su casa. La anciana madre leía en el salón cercano. En lo alto flotaba la luna, solitaria y radiante en el inmenso azul. Lejos, el océano tenía en sus aguas un tinte de plata. Y en torno nuestro, en las ca-

sas vecinas, y abajo, en la calle, dormía la vida.

Mi novia, Elisa, vestía de blanco. Sus cabellos negros, recogidos sobre la cabeza, temblaban al soplo fugitivo de la brisa, circuyéndole la palidez de la frente como un raro nimbo de sombra. Y al resplandor cándido de la luna, bajo el casco azabachado de sus cabellos, en su vestido blanco, ella, tan linda, estaba maravillosa; parecíame colocada allí para una apoteosis.

Nos encontrábamos muy juntos; nuestros hombros se rozaban, nuestras manos se oprimían, y nuestras miradas cruzábanse, cargadas de reflejos húmedos. Fué aquél un momento de embriaguez, de locura, de delirio pasional, en que los labios callaban y las pupilas se decían cosas secretas y divinas. Y repentinamente, sin que ella, fascinada, hiciera resistencia alguna, la atraje, la aprisioné entre mis brazos, y nuestras bocas se confundieron en un beso, el primero, largo, sordo, quemante, supremo!...

¡Supremo, sí, pero fatal! Porque de pronto la sentí estremecerse violentamente; con un movimiento brusco separó del mío su rostro, lívido, desencajado, y sus ojos, casi fuera de las órbitas, expresaron no sé qué atroz martirio, qué infinita angustia. Luego, un leve soplo surgió de su boca, serenáronse sus facciones... y gravitó entre mis brazos inerte, pálida, espantosamente rígida como una estátua de mármol!...

— Esperan á los señores para una partida de *poker* — dijo un sirviente, asomando su cara afeitada en la ventana.

Los cuatro amigos nos levantábamos pensativos: Hernández conmovido aún por su narración, los demás perdidos en recuerdos de cariños lejanos, que venían envueltos en brumas de nostalgías. Al salir, una onda más fuerte de música, percutió alegre en nuestros oídos. Alicia atacaba la marcha nupcial de *Lohengrin*, y Antonio, en quien no perdu-

raba ninguna impresión, me dijo quedo, confidencialmente:

— Es una suerte que ella no haya escuchado á Hernández, porque... imagínese que para esta noche, despues de la comida, en nuestro paseo por la cubierta, me tiene prometido un beso!...

A Carlos Ibarguren.

HIPNOTISMO



HIPNOTISMO

Después de la comida, la víspera de nuestra llegada á Valparaíso, el doctor Fowland y yo pasamos al salón de fumar. Estaba desierto. Desde la salida de Coquimbo el mar se puso convulso, y los pasajeros, en su mayoría, no pudiendo soportar el fuerte oleaje, se refugiaron en sus camarotes. El cielo era negro, el viento gemía y azotaba con rudeza el toldo de lona de la cubierta, el barco danzaba sobre las olas con balanceo violento y en sus flancos resonaba incesante el fragor de las espumas... No había, sin embargo,

peligro alguno; sólo, el malestar físico para los no avezados.

El doctor Fowland estaba aquella noche extraordinariamente nervioso, y, por primera vez en su rostro, siempre impasible, se traslucía un estado de alma. Era alto, lleno de vigor en su delgadez, blanco, pálido, casi exangüe. Y hubiera sido una de esas fisonomías inmóviles, inexpresivas, sin sus ojos; ojos de un verde amarillento, grandes, profundos, de un brillo casi insostenible, cual si dentro encerraran un potente reflector. Producían, en verdad, un extraño contraste esas dos movilidades fulgurantes, en aquel rostro descolorido y frío como el mármol... Era médico, y en los Estados Unidos se le consideraba como una eminencia científica. Viajaba sin rumbo, á su capricho, y su hermético retraimiento, en los veinte días de navegación, sólo se quebrantó conmigo, quizás por una de las rarezas de su carácter, de simpatías y antipatías instantáneas.

— Mañana — exclamó — nos despedimos para seguir rutas distintas; y luego, como si no nos hubiéramos conocido. Esta ventaja tienen las amistades que se forman en las travesías por mar ó por tierra: á nada obligan. Acercan á dos extraños, unen sus espíritus por unos días, y después les separan sin dejar ningún germen que motive más tarde un recomienzo importuno... Va á seguir usted su marcha, con los temores inquietantes de un futuro en lo absoluto ignorado; con las nostalgias aún frescas de cariños recién perdidos. Yo, ni siquiera llevo en mi peregrinación incierta esos temores y esas nostalgias, envidiables, puesto que son emociones, y emociones hondas. No guardo ya una sola aspiración, ni la del bienestar material, por ser mi fortuna superior á mis gastos. Viajo para cambiar de visiones externas, lo cual es en mí una distracción física, de los ojos. Si ello al fin me hastía, me radicaré en un sitio cualquiera, perpetuamente, con la misma in-

diferencia con que ahora vagabundeo de clima en clima...

Hizo una pausa para beber un sorbo de whisky. Luego volvió á decir:

— Usted me ha contado algo de su pasado, y es justa la retribución. Me parecerá que yo, moribundo, se lo narro á un agonizante... Porque la despedida de dos, al final de un viaje, con la seguridad de no verse más, es como si ya, desde sus respectivas tumbas, se dieran el adiós eterno. He ahí, para mí, el principal atractivo de viajar: se va continuamente acompañando amistades difuntas al cementerio, y la tristeza de esto es un sacudimiento benéfico para quienes, como yo, llevan una constante quietud helada en el espíritu. No encontrarse más en la vida es morir, y en esta muerte ficticia hay tanta verdad y tanto olvido como en la real... Por otra parte, hoy hace años del hecho, y quiero conmemorarlo revelándolo...

Hablaba con su voz de siempre, lenta, de

tonalidades sordas; pero estaba más [illegible]do aún y tenía un brillo más fuerte en sus pupilas claras. Así, era el suyo un rostro de anemia total, donde los ojos ardían con el fuego de una fiebre máxima... Afuera, en lo alto, el viento había desgarrado el grueso tapiz de nubes. En los claros del azul las constelaciones temblaban; y la luna, semejante á una hoz de plata, iba camino de occidente, como segando mieses astrales.

— Cuando tuve la certeza, — continuó Fowland — de que entre mi esposa y mi secretario (un muchaho de veintitres años á quien recogí y eduqué desde niño) germinaba una pasión, todavía platónica, pero no por eso menos criminal, principié á elaborar mi proyecto. Ambos eran ya dos traidores: la una al amor, el otro á la gratitud, y á los traidores se les mata. Después sorprendí un beso... nada más que un beso... pero lo suficiente

p... ...der, pues el delito mayor sólo dependía ya de la oportunidad. Y evitando la realización consciente de este delito, evitaba la vergüenza final; provocándolo con mi voluntad, sin la de ellos, y juntando al delito el castigo, rehabilitaba mi honor.

Le he leído los experimentos de hipnotismo y sugestión, descriptos por un médico noruego y verificados en París por los profesores de la Salpétrière y de Nancy. Son exactos: yo los venía efectuando hacía tiempo con resultados más sorprendentes. Pero los poseedores en esto de la suprema ciencia son los fakires de la India: ellos dejan en los viajeros la impresión de haber presenciado hechos sobrenaturales. De ahí esas afirmaciones, escritas, de acontecimientos existentes sólo en los cerebros, sometidos por el experimentador á una poderosa influencia hipnótica. Para esos misteriosos taumaturgos del viejo Oriente, es tan fácil el hipnotismo y la sugestión de una persona única como

de un público. Tal lo demostró uno en Londres, ante un concurso de teatro, primero, y ante una asamblea de sabios, después, en la que figuraban las más altas celebridades de Oxford.

El fakir elevóse en el aire hasta una considerable altura, y se sostuvo allí fijo, sin punto alguno de apoyo. Sentado en medio del círculo de los espectadores, les anunció que iba á desaparecer, y desapareció, y su voz siguió surgiendo desde la silla vacía. Sembró en el suelo una semilla, brotó una planta; creció el árbol; las ramas se cubrieron de hojas, las hojas de flores... y luego se desvaneció todo como en una escena de magia. Hizo hervir el agua de un estanque y evaporarse en un minuto; á varios metros de altura se tendió una nube densa, y la nube, en fin, se convirtió en una lluvia copiosa, llenando de nuevo el estanque.

Estos y otros prodigios, no eran en el fondo sino casos de hipnotismo y de sugestión si-

multáneos, producidos en toda una concurrencia. Las leyes cósmicas son inmutables, y su violación residía tan sólo en el alucinamiento de los cerebros, dominados por un hombre. ¿Cómo logran los fakires alcanzar un conocimiento tan perfecto de esa ciencia? He ahí lo que aún ignoramos los occidentales. Pero si no le es posible todavía á uno de acá igualarles, puede llegar, si se propone, hasta muy cerca. Y yo, consagrado á tal estudio, casi exclusivamente, conseguí hacer conquistas halagüeñas. Así, al cerciorarme de aquella naciente pasión criminal, la manera de castigar á los culpables nació lógicamente en consonancia con mis investigaciones y descubrimientos; y el plan lo formé rápido.

A ambos les había hipnotizado repetidas veces para experimentos importantes. Ahora bien, suprimir en los dos — en ella especialmente — la voluntad, aún en contra de sus más fuertes sentimientos, aún en contra del

instinto de la propia conservación, era lo arduo de la tarea. Comencé, pues, por actos pequeños; los fuí aumentando por grados, y llegué á uno más serio: ya con éste era seguro el éxito del mayor. Fué el penúltimo, y consistió en ordenarle á ella se cortara los cabellos. Eran su orgullo: finos, espesos, negros, magníficos. A las dos horas se me presentó en mi cuarto-oficina, con el pelo corto. Venía confusa, avergonzada. "No he podido contenerme —me dijo— no quería, y no obstante, á pesar mio, tomé las tijeras, me los corté... y tuve que llamar á un peluquero para arreglarlos lo menos mal posible; debo de parecerte horrorosa...". Me parecía encantadora con aquel peinado varonil, y el rostro, bajo él, delicado y ambiguo como el de un efebo. Sin embargo, le respondí: "Estabas mejor con tus cabellos..." Y añadí imperiosamente: "Quédate." Obedeció como una niña; y empecé el último experimento.

Puse en su preparación toda mi energía,

todo el fluído que los nervios, rudamente excitados durante esa semana, acumulaban, concentrándolo, en mi cerebro. La desperté y se retiró. Desde aquel instante ya no era una persona, sino una máquina dócil, sometida por entero á una fuerza superior. Y esa fuerza iba á actuar en sus ideas como un feroz tirano... Hice luego venir al otro: el trabajo fué sencillo, pues la sugestión tendría como ayuda eficaz la pasión, ya en él visiblemente indomable... En la escena del beso — la presencié detrás de un cortinaje — hubo gran audacia suya, y en ella sólo un consentimiento tímido y pasivo.

Eran las seis de la tarde cuando terminé. Permanecí solitario en la oficina; y á la suave penumbra crepuscular mi espíritu descansó, después de ocho días de cóleras comprimidas, de celos disimulados, de todo un mundo de cosas amargas y punzantes. La comida fué triste, á despecho de mis esfuerzos por animarla. Los dos estaban

silenciosos, abstraídos: ni siquiera se miraban. Indudablemente algo, demasiado débil para ser una idea precisa, mas lo bastante á engendrar un vago y medroso presentimiento, palpitaba en aquellas almas, faltas ya del libre raciocinio. La carne, aislada del espíritu, debe de conservar en su inconsciencia una vida de larva, que le impide la rebeldía, pero le da la noción del peligro, ante la proximidad del anonadamiento. Y ese terror paciente de la materia es como su protesta contra la fatalidad. Entonces, el espíritu, en su letargo, sufre y se puebla de presagios misteriosos, — presentimiento obscuro de desgracias cercanas, desconocidas, inevitables.

Al concluir la comida me despedí, anunciándoles para muy tarde el regreso. Salí, dejando mi revolver, cargado, en la gaveta de la mesa de noche de la alcoba. Me dirigí al teatro: quería ser visto fuera de casa. En el Metropolitano se representaba *Otello*; y

los celos y la venganza del moro los encontré simples y brutales, como los de un salvaje de la época paleolítica, é indignos del cerebro refinado de los modernos. Regresé á las 11.30; subí á la oficina por la escalera privada, y me senté, vestido, ante el escritorio. Al otro lado del *hall*, en frente, al través de la puerta vidriera, veía la de la alcoba, por donde se tamizaba una luz tenue. Debían de estar allí hacía dos horas. La entrevista la reconstruía como si á ella hubiera asistido: encontráronse juntos, sin asombro, — autómatas guiados por un impulso irresistible — y el beso inicial, más largo que el otro, no tuvo ninguna repercusión emotiva en sus facultades psíquicas.

Ahora, acostados en el lecho nupcial, él se dormía paulatinamente, para sumergirse en un sueño profundo, mientras ella, despierta, le espiaba... Transcurrieron diez minutos, veinte, veinticinco. Mis nervios vibraban sacudidos por impaciencia febril. Sin dar-

me cuenta había llegado, por las piezas interiores, hasta una de las puertas de la alcoba. Las cortinas de los vidrios me estorbaban ver, pero mi imaginación estaba adentro, al lado del lecho y *veía*... El brazo de ella se deslizó sigiloso fuera de las sábanas, tiró de la gaveta, cogió el revólver, lo llevó al oído de su compañero... Los disparos fueron casi simultáneos; abrí la puerta, penetré, desprendí de la mano crispada el arma, la retuve en la mía y esperé en medio del cuarto, erguido y sereno.

Aparecieron los criados, un agente de policía y algunos particulares. Sobre la blancura del lecho se extendía, agrandándose, una mancha purpúrea. El cuerpo de él estaba ya rígido, manando de la oreja izquierda un hilo de sangre negruzca; el de ella, con la sien destrozada, se agitaba en una agonía breve. Luego se inmovilizó también; y ambos así, rectos, en la casi desnudez de sus carnes, pálidas y sangrientas, semejaron el símbolo

estatuario del delito castigado... El cuadro no necesitaba explicaciones, todos guardaban silencio, contemplándome con simpatía compasiva. Y cuando el agente rompió el mutismo para decirme que le siguiera, su voz fué respetuosa como una súplica...

A Eduardo Schiaffino.

LA ZAMACUECA



LA ZAMACUECA

En Valparaiso, el 18 de septiembre. La ciudad, toda ornamentada con banderas y gallardetes, vibraba sonoramente, en el regocijo de la fiesta nacional. La población entera se había echado á la calle, para aglomerarse en el malecón, frente á la bahía, donde los barcos de guerra y los mercantes, —engalanados también con las telas simbólicas del patriotismo cosmopolita,— simulaban arcos triunfales, flotantes y danzantes sobre el oleaje bravío. En el fondo, por encima de los techos de la ciudad comercial, asomaban las casas de los cerros, cual si se empinaran

para atisbar á la muchedumbre del puerto. Las regatas de botes atraían á aquella concurrencia heterogénea. Y, en la omnicromia de su indumento, ondulaba compacta y vistosa bajo el sol primaveral, alto ya sobre la trasparencia del azul.

Con el inglés, Mr. Litchman, mi compañero de viaje desde Lima, presencié un rato las regatas. Los "rotos" de piel curtida, de pechos robustos y brazos musculosos, remaban vertiginosamente; y al impulso de los remos los botes, saltando, cabeceando, cortaban, con celeridad ardua, las olas convulsivas.

— ¿Hay bailes hoy en Playa Ancha? — me preguntó Litchman.

— Sí, durante toda la semana.

— Entonces, si le parece, vamos... Son más interesantes que las regatas... Estos hombres no saben remar...

Un coche pasaba, y subimos á él. Salvamos

rápidamente las últimas casas del barrio sur, y seguimos por una calzada estrecha, elevada algunos metros sobre el mar. El sol llameaba como en pleno estío, y ante el incendio del espacio, la llanura oceánica resplandecía ofuscante, refractando el fuego del astro. Al mismo tiempo, soplaba un viento marino, glacial por su frescura; y así el ambiente, dulcificado en su calor, amortecido en su frio, hacíase grato como un perfume. A un lado, abajo, el agua reventaba, con hervores estruendosos, con sonoras turbulencias de espumas. Al otro, se alzaba, casi recto, el flanco del cerro, á cuya meseta nos dirigíamos; y lejos, en la raya luminosa del horizonte, se perdía gradualmante la silueta de un buque.

El coche llegó al término de la ruta plana, é inició luego el ascenso de la espiral laborada en el costado del cerro. Ya en la meseta, con amplitud de valle, apareció en toda su magnificencia el paisaje, prestigiosamen-

te panorámico. Frente, el mar, enorme de extensión, todo rizado de olas, reverberante de sol, atrás la cordillera costeña, recortando sus cumbres níveas en la gran curva del firmamento; á la izquierda, próxima, la playa de arena rubia, y á la derecha, con su puerto constelado de naves, con su aspecto caprichoso, con su singular fisonomía, Valparaiso, alegre hasta por la misma asimetría de su conjunto, y radiante bajo el oro del sol.

En la meseta, al través de boscajes, vestidos por la resurrección vernal, aparecía una extraña agrupación de carpas, semejante al aduar de una tribu nómade. Detrás, dos hileras de casas de piedra constituían la edificación estable del paraje. Y de las carpas y de las casas volaban ritmos de músicas raras, cantares de voces discordantes, gritos, carcajadas: todo, en una polifonia estrepitosa. Cruzamos, con pasos elásticos, los boscajes: bajo los árboles renacientes encontrábamos

parejas de mozos y de mozas, en agrestes idilios, ó bien familias completas, merendando á la sombra hospitalaria de algún toldo. Nos metimos por entre las carpas: alrededor de una, más grande, se apretaba la gente, en turba nutrida, aguardando su turno de baile. Penetramos. Dentro, la concurrencia no era menos espesa. Hombres, trajeados con pantalones y camisas de lana, de colores obscuros, y mujeres con telas de tintas violentas, formaban ancha rueda, eslabonada por un piano viejo, ante el cual estaba el pianista. Junto al piano, un muchacho tocaba la guitarra y tres mujeres cantaban, llevando el compás con palmadas. En un ángulo de la sala levantábase el mostrador, cargado de botellas y vasos con bebidas, cuyos fermentos alcohólicos saturaban el recinto de emanaciones mareantes. Y en el centro de la rueda, sobre la alfombra, tendida en el piso terroso, una pareja bailaba la zamacueca.

Jóvenes ambos, ofrecían notorio contraste. Era él un gañán de tez tostada, de mediana estatura, de cabello y barba negros: un perfecto ejemplar del "roto", mezcla de campesino y marinero. Con el sombrero de fieltro en una mano, y en la otra un pañuelo rojo, fornido y ágil, giraba zapateando en torno de ella. La muchacha, en cambio, parecía algo exótico en aquel sitio. Grácil y esbelta, bajo la borla de la cabellera broncínea destacábase su rostro, de admirable regularidad de rasgos. Tenía, lujo excéntrico, un vestido de seda amarilla; el busto envuelto por un pañolón chinesco, cuyas coloraciones rabiaban en la cruda luz, y en la mano un pañuelo también rojo. Muy blanca, la danza le encendía, con tonos carmíneos, las mejillas. En sus ojos garzos, circuídos de grandes ojeras azulosas, había ese brillo de potencia extraordinaria, ese ardor concentrado y húmedo, peculiares en ciertas histerias; y con la boca entreabierta y las ventanas de la nariz palpitantes,

inhalaba ávidamente el aire, como si le fuera rebelde á los pulmones.

Bailaba, ajustando sus movimientos á los compases difíciles, cambiantes, de la música. Y su cuerpo, fino, flexible, se enarcaba, se estiraba, se encogía, se cimbraba, erguíase, vibraba, se retorcía, aceleraba los pasos, imprimíales lentitudes lánguidas, tenía contorsiones bruscas, actitudes epilépticas, gestos galvánicos; ó se mecía con balanceos muelles, adquiriendo posturas de languidez, de abandono, de desmayos absolutos. Y así, siempre serpentina, rebosante de voluptuosidad turbadora, de incitaciones perversas, voltejeaba ante los ojos como una fascinación demoniaca.

¿De qué altura social, por qué misteriosa pendiente descendió aquella hermosa cria tura, de porte delicado, de apariencia aristocrática? ¿Qué lazos la unían, antiguos ó recientes, con su compañero de baile? ¿Era una degenerada nativa, á quien desequili-

brios orgánicos aventaron lejos del hogar, en alguna loca aventura? ¿O la fatalidad la arrojó al abismo, convirtiéndola en la infeliz histérica, que ahora, en aquel recinto, daba tan extraña nota, siendo á la vez una curiosidad dolorosa y una provocación embriagante?

La voz del inglés me arrancó á estos pensamientos:

— Voy á bailar... me gusta mucho la zamacueca... y esa mujer también. Ayer bailé con ella.

Le miré: su semblante permanecía grave, y sus grandes ojos celtas contemplaban serenamente á la bailadora. Sacó un pañuelo escarlata, traido sin duda para el caso, y adelantó hasta el medio de la rueda. La pareja se detuvo: el "roto", cejijunto, hostil; la muchacha, ondulando sobre los pies inmóviles, sonriendo á Litchman, quien sin perder su gravedad, esbozaba ya un paso de la danza... Pero el suplantado, de un salto, se

le colocó delante. Un puñal pequeño relucía en su mano.

— Hoy no dejo que me la quite... Acaso la traigo para que usted...

No pudo concluir la frase: el brazo de Litchman se alzó y tendióse rápido, y un formidable mazazo retumbó en la frente del "roto". Vaciló éste, tambaleóse y rodó por el suelo, con la cara bañada en sangre. La música y el canto enmudecieron; y la rueda espectante convirtióse en un grupo, arremolinado alrededor del caído. Ya Litchman, impasible siempre, estaba junto á mí y nos preparábamos para salir, cuando, agudo, brotó un grito del grupo. Hubo otro remolino disolvente, y apareció de nuevo la primitiva pareja de baile. El hombre se limpiaba con el pañuelo la sangre de la frente; la muchacha, rígida, como petrificada, como enclavada en el piso, no trataba de enjugar la ola purpúrea que le manaba de la mejilla. La herida debía de ser grande; pero desaparecía

bajo la mancha roja, cada vez más invasora. Y el "roto", con voz silbante como un latigazo, le gritó á aquella faz despavorida y sangrienta:

— Creías, pues, que sólo yo iba á quedar marcado...

A Luis Berisso.

LOS DESPOSADOS DE LA NIEVE



LOS DESPOSADOS DE LA NIEVE

En torno de la mesa — libre ya del servicio de la cena — sobre la terraza del café, en aquella madrugada fuertemente cálida, los cuatro periodistas veían llegar el día, en la ascención lenta del alba, bajo las nubes viajeras. Y Adrio, el más joven, tomó así la palabra :

— Cuando en mi viaje transandino estuve instalado en la sala galería del hotel de aquel balneario termal, respiré ampliamente. El celador del edificio, su único habitante en invierno, hizo fuego en la chimenea, y una

8

tibieza regeneradora fué extendiéndose por mis miembros fatigados.

La última parte de la jornada de ese día la hice, con los guías, á la carrera. El cielo, repentinamente, se puso amenazador, bajando, todo espeso y grís, hasta los picos altos. Una niebla obscura limitaba los horizontes, y grandes ráfagas de viento, zumbando extrañamente, nos obligaron muchas veces á echarnos contra el suelo para no ser arrollados. La temperatura descendió con violencia, y nuestras pisadas ya no imprimían huella alguna sobre la nieve, de una dureza marmórea. Así, eran bienhechores aquella casa y aquél fuego.

— " Mal tiempo viene — dijo el celador en tanto que animaba las brasas — mal tiempo, sobre todo, para esos dos jóvenes... Pobre niña !... Sí — continuó á una interrogación mía — llegaron hace una semana, pero la niña venía enferma de cansancio y tuvieron que interrumpir por unos días el viaje. Esta

mañana se fueron, á pesar de mis consejos : conozco la cordillera, y sabía que esto iba á suceder. Y como la niña no puede andar á prisa, van despacio, y hasta esta tarde no hubieran llegado á la parada siguiente. Pero ahora, con este tiempo, figúrese á los dos, solos, sin ningún guía, en esos parajes ! "

Mientras el hombre hablaba, surgía en mí un recuerdo. Pocos días antes, en la capital chilena, leí en los diarios, con la indiferencia del transeunte, el relato de una aventura romántica.

Se trataba de dos jóvenes menores de edad, de familias distinguidas, cuyos amores, contrariados por el padre de ella, de modo tenaz y sin causa justificativa, tuvieron el desenlace imprevisto del rapto y la fuga, simultáneos y misteriosos, pues no se pudo averiguar el derrotero por ellos seguido. Y he ahí que les encontraba yo en mi viaje — viaje imprudente al través de la gran cordillera nevada, en toda la crudeza del in-

vierno, — y ahora marchaban, solitarios é indefensos, bajo aquellos preludios de una tempestad formidable... Quise enviarles ayuda, é hice una oferta á los guías.

— "Es imposible, señor — me contestaron. — No sabe usted lo que viene; mire afuera."

El hotel estaba situado sobre una eminencia. A la izquierda, á unos sesenta metros, abajo, erguíanse tres casas de piedra, deshabitadas durante el invierno. Frente, próximo, suspendido sobre una sima, ancha y profunda — el lecho de un río congelado — destacábase el admirable trabajo en granito del *Puente del Inca*. Más allá, la helada planicie, descendente, ondulosa, accidentada, como un mar de espuma endurecida. Y á derecha, á izquierda, adelante y atrás, barrancas, colinas, cerros, picos, en engranaje raro, en complicado escalonamiento, hasta los cielos, de masas blancas.

Y sobre todo aquello, la tempestad avanzaba, caía en grandes nubes, bajo una fatídica penumbra crepuscular, que desfiguraba los objetos, dándoles aspectos fantásticos. El espacio se llenó, de pronto, de una extensa floración blanca : nevaba. De lo alto venían rachas furiosas : barrían la nevada, la esparcían, la amontonaban, construyendo con ella pirámides, columnas, puentes, cascadas densas y mudas. Y un paisaje nuevo iba naciendo, distinto del otro, cuya formación caprichosa imitaba en pequeño, con símbolos de nieve, las solidificaciones del período geogénico.

El cielo nubloso giraba, giraba vertiginosamente, sobre los picos, sobre los cerros, sobre las colinas, y descendía, descendía más aún, como en el ansia de un monstruoso consorcio con la tierra. El hotel temblaba y crujía, cual un barco en la cólera del océano. Los truenos tenían vibraciones sordas, ahogadas por el aullido de los vientos, por el

choque de las cosas. Oíanse estampidos de cañonazos, y bloques enormes reventaban. De todas partes se levantaba un alarido inmenso: diríase que las fuerzas activas de arriba torturaban cruelmente á las fuerzas pasivas de abajo.

A intervalos había una tregua. Todo callaba entonces, inmovilizándose en un gesto siniestro, en una contorsión desesperada. Después volvía el recrudecimiento horrible, el torbellino caótico, el paroxismo delirante. Grandes masas níveas rodaban y se deshacían en algún abismo, rellenándolo al momento. Tras derrumbes fragorosos de antiguas moles de hielo, improvisábanse vórtices hondos, de cuyos bordes pendían flecos y encajes de escarcha. En seguida, una ráfaga los destruía, aventándolos, desgranándolos en todas direcciones.

Y la tempestad aumentaba cada vez más. Un cóndor pasó, con las alas tendidas, impelido, arrastrado por el huracán. Hordas de

nieblas irrupcionaban; subían, en asaltos heróicamente salvajes, hasta las más inaccesibles cimas; bajaban en remolinos á la llanura; danzaban, como espectros enloquecidos, sobre los precipicios, y huían perdiéndose en fondos arcanos, iluminados un segundo por la luz parpadeante de los relámpagos. Millones de copos de nieve volteaban en el aire en legiones compactas, entre las cuales pululaba el zigzagueo rojizo de los rayos. El paisaje entero era como un mar borrascoso, donde las olas se sucedieran incesante, rabiosamente. Y siempre, en todos los sitios, el aullido de los vientos, el alarido de las cosas, la angustia convulsiva de la naturaleza, el pavoroso conflicto de los elementos...

En esto, voces de espanto sonaron cerca, y todos los ojos, desmesuradamente dilatados, fijáronse en un punto. En las cumbres de la izquierda, la nieve aglomerada allí no pudo sostenerse más, y desprendióse

por la ladera en un alud grande como una montaña. Inició un descenso cambiante, saltando de pico en pico, por aquella desigual y dilatada gradería. Arrastraba las rocas, sacándolas de cuajo ; atropellaba las otras nieves ; arrollaba cuanto encontraba al paso, devorando, asimilándose todo, engrosando más y más, hasta adquirir proporciones colosales. Flanqueó las cumbres, salvó los cerros y las colinas inferiores, y dirigióse recta hacía nosotros.

El terror desencajó los rostros : ibamos á morir aplastados, despedazados. Los latidos de los corazones repercutían en el cerebro cual dobles de campanas ; y en una ansiedad suprema, veíamos avanzar la gigantesca ola maciza, animada como por una voluntad destructora... Pero, de súbito, ya muy cerca, torció bruscamente de rumbo ; trazó una curva rápida, y continuó su marcha paralela, envolviendo las tres casas cerradas, arrancándolas de raíz, yendo á hundir, con el es-

truendo de un cataclismo, su carga de nieves y de piedras, en el lecho del río congelado.

Aquello fué la crisis de la tempestad. Gradualmente empezó á decrecer, y al fin se disipó en un rumor sordo, de escuadrones en fuga. De las roturas de las nubes cayeron los rayos lánguidos de un sol de ocaso; y todo el paisaje, blanco y desolado, quedó sumido como en la inercia de un gran desfallecimiento...

— ¿Y ellos, los amantes fugitivos? — le preguntaron al narrador, que había enmudecido.

— Al día siguiente — respondió — llegagamos temprano á una casita de correos, donde la tempestad había tejido maravillosos arabescos de hielo. Formaban extrañas flores, con todas las gradaciones de lo blanco, desde el azul, color de espuma marina, hasta el amarillento, de los viejos mármoles sepulcrales.

Entré, el primero, en aquella choza cincelada en nieve por la tormenta. Al principio nada vi. Luego vislumbré, sobre la alfombra glacial, unos brazos enlazados fuertemente á un busto de mujer, á un busto delicado, fino, de una primorosa estatuaria. Removí la nieve, y aparecieron dos rostros de adolescentes. En la quietud rígida de las facciones, los ojos, abiertos, tenían aún la expresión de un terror supremo... Eran ellos, los dos amantes fugitivos, durmiendo ya el postrer sueño nupcial dentro de aquella tumba cristalina y fría. Estaban estrechamente unidos, y sus ropas, deshechas por el horrible viaje, les dejaban los cuerpos semidesnudos: — alabastros palidecientes en la blancura brilladora de aquel lecho mortuorio.

Y sin duda en su patria les creen huéspedes de algún país distante, en plena vida de juventud y amor!...

A Angel Gallardo

VIOLETAS



VIOLETAS

— ¿Sabes? — le dijo á Jorge, un mediodía, Antonio, su amigo y compañero de juegos — aquella niña tan rica, que cuando pasaba en su coche te saludaba, ha muerto; esta tarde la enterrarán.

En efecto, Maud, la soberbia diva, tan célebre por su voz y su belleza como por sus caprichos, á veces perversos, á veces de una bondad sorprendente, había muerto en la mañana, de una pleuresia violenta, adquirida la semana anterior, á la salida del teatro, en el comienzo voluble del invierno bonaerense.

Y al comentar su muerte se recordaba la última noche de su aparición en público. Concluía el segundo acto de *Sansón y Dalila,* en que la diva no trabajaba, cuando se presentó en un palco, sola. Y todas las miradas de la concurrencia — concurrencia numerosa y fastuosa, de función de gala — volaron hacia la actriz, como arrastradas por un viento irresistible.

Vestía un traje de seda, cuyo tinte, sombríamente rojo, le hacía resaltar la blancura nivosa del cuello y del nacimiento del pecho. Sujeta allí por delgado hilo de oro, una estrella de rubíes lanzaba, sobre aquella nieve palpitante, reverberaciones sanguíneas. Y esa noche estuvo avasalladora, en el esplendor olímpico de su figura, como si dentro de ella cantara, victoriosa, la vida... Dos horas después, en el lecho, sentía los primeros síntomas de la dolencia mortal.

La carroza se desprendió del frente del ho-

tel, seguida de una docena de coches cerrados. Detrás, mudo, grave, iba Jorge, con su vestido de los domingos, de lana negra. Sobre el brazo, contra el pecho, sustentaba un objeto grande, cubierto por un paño blanco. Y mientras el cortejo desfilaba lentamente, en la tarde pálida, en el cerebro del chicuelo surgía un recuerdo lejano.

Dos años antes, Jorge, con su traje ligero de tela parda, y una cesta de violetas sobre la cabeza, recorría la Avenida de Mayo, pregonando sus flores con voz que era ya un lamento. La mañana estaba turbia, destemplada. Del pesado cortinaje de nubes bajas, fijas en el espacio, tamizábase una polvareda de lluvia, fina y fría, que envolvía á los transeuntes en caricias glaciales.

Tres horas llevaba el pobre Jorge de vagar por la ciudad, con aquel tiempo cruel, y aún no había vendido un solo ramo de violetas. La fatiga, el desaliento le agobiaban; sentía en el alma un frío punzante, tan punzante

como el que le producía en el cuerpo el aliento helado de aquella mañana. Y renunciando continuar con sus gritos inútiles, presa de súbito anonadamiento de la voluntad, se refugió en el zaguán de un hotel magnífico ; un zaguán amplio y hermoso, en donde flotaban tibiezas dulces. Pero no pudo permanecer mucho tiempo allí : apareció el portero y le echó fuera. Se sentó en el suelo, contra uno de los ángulos de la puerta de entrada ; puso la cesta á sus pies, y, como pájaro entumecido, se acurrucó, poblada la cabecita de ideas angustiosas... ¡Qué terrible se le presentaba la imagen de su regreso á la casa, tiritando de frío y sin dinero ! Tampoco comerían ese día él, su hermana ya adolescente, su madre enferma !

Pensando, pensando, el cerebro se le cubrió poco á poco de una niebla espesa, en la cual se ahogaron todas las ideas. Sus pupilas entornadas copiaron un momento las visiones fugitivas de los coches, de las bicicletas

y de los pasantes á pié, en el desfile presuroso provocado por la lluvia. Luego, cerró por completo los párpados, y quedó al fin inconsciente, dormido... El ruído de un carruaje, parado bruscamente ante la puerta, le despertó. Y no tuvo tiempo sino para levantar del suelo la cesta de violetas y mostrarla á la joven que saltó del coche, y que entraba en el zaguán.

— Niña, ¡ cómpremelas !...

Este grito lo lanzó Jorge con acento de desconsuelo desgarrador, mezcla de sollozo y de súplica, porque veía alejarse aquella última esperanza de vender sus flores. Y la niña, Maud, volvióse rápidamente; contempló silenciosa al chicuelo, y asaltada, quizás, por uno de sus caprichos, le llamó y subió con él á su departamento.

Allá, en la alcoba, caliente como un nido, le hizo ella mil preguntas; y él, con la concisión gráfica y conmovedora de su lenguaje infantil, lo dijotodo: — su mamá, vendedora en un

mercado, llevaba quince días de estar en cama, en la casucha que habitaban en los suburbios: él se vió obligado á dejar la escuela, para cuidar con su hermana á la enferma; el dinero fué escaseando hasta el extremo de no tener ya aquella mañana para comprar ni un poco de pan; entonces su hermana le sugirió la idea de salir por la ciudad á vender las violetas cultivadas por ella en el patio de la casa... y desde las nueve andaba por las calles gritando, ¡gritando infructuosamente!

Al concluir Jorge de hablar, Maud le hizo servir una taza de té con leche y pastas abundantes, que él devoró con delicia. Y cuando regresó á la calle, ya sin la cesta de violetas, su carita resplandecía, y acariciaba con la mano, dentro del bolsillo, un fajo de billetes de banco, — diez billetes muy grandes, como él nunca los había visto.

Aquello fué una fortuna, caída, á manera de bendición celeste, en el hogar miserable

de Jorge. Días después, curada de la enfermedad, pudo su madre hacer en mayor escala, con ganancias halagüeñas, su comercio en el mercado; y Jorge entró nuevamente en la escuela y estudiaba con afán, pues quería, cuando fuera grande, "ser doctor".

Transcurrieron dos años sin volver á encontrar á su protectora, á pesar de que rondaba, una tras otra semana, frente al hotel de la avenida. Pero una tarde, un jueves, hacía de ello un mes, jugando con Antonio en el parque de la Recoleta, pasó ella en un coche, camino de Palermo. Le reconoció; le saludó risueña, y él no faltó ya ninguna tarde á la Recoleta, para verla pasar. Y pasaba "linda como una imagen", y le saludaba. Y aquellos saludos eran alegría en el alma del chicuelo... "¡Pobre niña! Ella tan buena había muerto, y la llevaban en aquella carroza al cementerio!" ¡Al cementerio! del cual sabía Jorge historias terroríficas, y

cuyo espectáculo, aun en pleno sol, le causaba siempre un secreto escalofrío!

La carroza llegó al término de su viaje, al inmenso y apartado cementerio del oeste. De los coches bajaron unos cuantos señores y se agruparon ante la fosa, abierta en la tierra negra y blanda. Al borde se levantaba la lápida de mármol, inclinada ligeramente sobre la abertura, formando así una boca enorme, pronta á devorar su presa.

El acto final fué rápido, bajo el crepúsculo agonizante. El féretro descendió á la tumba. Cayó sobre él la tierra morena, luego la lápida blanca. Los señores se alejaron conversando y fumando, y abandonaron el recinto en sus coches. Se fueron el sepulturero y su ayudante; y el cementerio recobró su mutismo triste.

Entonces, de entre los árboles, surgió como un duende enlutado, Jorge. Se acercó con paso medroso á la fosa recién cerrada, y des-

cubriendo el objeto, hasta allí oculto por el paño blanco, una cesta de violetas, regó aquellas flores sobre la tumba de Maud.

— " Adiós, niña buena!"...

Y se fué á la carrera, por la estrecha calle de árboles, donde la noche naciente ponía grandes velos de sombra...

A Pedro Díaz Sáenz Valiente.

PENSATIVA



PENSATIVA

Ante el espejo de su tocador de mármol rosa — donde flotaba perenne el perfume de su mezcla favorita — Carmen se despojó de su traje de baile, lentamente. Envolvióse en un peinador blanco; abrió la ventana, y se reclinó sobre el alféizar, entregando su cabeza ardorosa al aire fresco de la madrugada.

La noche, noche tibia de octubre, estaba cerca del occidente. En el cielo descogíanse grandes sábanas de nubes, de un gris tan pálido que resultaban blancas. En ellas, en el cenit, la luna, en menguante, era una curva, fina

navaja de acero, rasgando un ropaje femenino para descubrir los misterios del cuerpo. La calle estaba desierta; y en el silencio grave de aquella hora avanzada, todas las palpitaciones de la naturaleza en reposo vibraban isócrona y sonoramente.

La frialdad dulce de la hora fué benéfica para los nervios de Carmen, exacerbados por las impresiones del baile. Sus pensamientos, confusos y candentes hasta entonces, poco á poco se ordenaron, y pudo al fin emprender el análisis exacto de sus recuerdos.

Sí, aquello era un hecho... ¡todo había concluído! De aquel amor sólo le quedaba una certeza desolada: la de algo por siempre ido... ¿Cómo empezó el enfriamiento? ¿Cómo surgió la ruptura final? Ella misma lo ignoraba. Tonterías de él; nada en verdad. Y sin embargo, la valla creciente de orgullo, de hielo, formada entre ambos, lo presentía, no desaparecería ya nunca.

Pero ¿por qué era él así? ¿Por qué no era como los demás? Sus amigas conducíanse con sus "festejantes" del mismo modo; por causas nimias, justas ó injustas, mostrábanse frías, á veces altaneras, y ellos obtenían el perdón, sometiéndose á todas las actitudes y exigencias de ellas. Y él ¡tan orgulloso! fué inflexible en su altivez tranquila. Y pretendía así la manifestación franca de un amor que, en su naturaleza de niña hermosa y admirada, no lo habría manifestado abiertamente sino después de un tiempo de pruebas, de abnegaciones de parte de él y de esquiveces aparentes de ella. Todas procedían así: ¿acaso era menos que las otras? Sólo él, lleno de ideas absurdas y extrañas, fué refractario á esa costumbre tradicional. De ahí aquella situación irritante establecida entre los dos, de indiferencia, de inseguridad, de intransigencias mutuas, comenzada por un alejamiento gradual, y cuyo fin era esa ruptura y la partida de él, al día si-

guiente, lejos, muy lejos, para siempre quizás!

El ruido de un coche interrumpió el silencio nocturno. Se acercaba, brillando en la sombra, como ojos nictálopes, sus linternas verdes. Y Carmen pensó que en la tarde de aquel día debía hacer una visita de etiqueta. Después tomaría el té en casa de una amiga íntima, donde iba él con frecuencia, á esa hora. Y escogió mentalmente el vestido, el sombrero... El coche pasó y alejóse á prisa, dando á la noche las voces y risas de su carga humana. El silencio se cernió de nuevo sobre el sueño de la tierra; y Carmen volvió al tema principal de sus meditaciones, ya modificadas, cubiertas como con un velo de benevolencia melancólica.

Desde las primeras demostraciones de él, ella siguió una ruta falsa. Así lo comprendía en aquel instante de reflexión clarovidente. Artista de temperamento nervioso é impresionable, refinado por amplias lecturas y la-

bores mentales, las ideas, los gustos de él no podían ser como los de la generalidad. A una alma semejante, que además vibraba simpáticamente á todos los afectos y se helaba á la menor indiferencia, ¿no fué un error querer atraerla con esquiveces y frialdades? A él, enemigo por instinto de lo rutinario, ¿no fué un absurdo colocarle en la esfera de los enamorados vulgares?... Sí, él tenía razón! El medio ambiente ejerció en ella una influencia fatal... Y lo comprendía tarde, cuando quizá lo sucedido era irremediable!

Una nueva causa externa la distrajo en sus pensamientos. A su oído llegaban, débiles y vagos, acordes de guitarra, y una voz lejana, clara en la sonoridad del silencio, cantó:

"En campos y amores,
Vidalitá,
Hay afinidades;
Porque se marchitan,
Vidalitá,
Con las sequedades.

Mas si en campos llueve,
Vidalitá,
Si llueve en amores,
Amores y campos,
Vidalitá,
Se cubren de flores."

La voz calló; la música de la guitarra se apagó en un rumor confuso, y aún repercutía en el alma de Carmen la letra del canto... Cierto! La sequedad de ella marchitó aquel amor, apenas floreciente! Y esto se afirmaba más en su cerebro al evocar las pocas veces que dejó hablar á sus sentimientos, que vertió un algo de ternura, cual lluvia fecundante, en el corazón de él. Entonces de aquel corazón surgía una onda de cariño, de pasión, que transfiguraba al hombre impasible, de carácter altivo y pensamientos herméticos, en el amante generoso, de sensibilidades y delicadezas infinitas. Y ese cariño la penetraba hasta lo más recóndito del sér, y la envolvía, la acariciaba, la vencía, haciéndola viajar, fas-

cinada y dichosa, por un mundo divino.

Pero esto era siempre fugaz, momentáneo. Luego, cuando él se retiraba, ya á solas con sus propias inspiraciones, la invadía el arrepentimiento, por lo que había aceptado, por lo que había prometido, y en la entrevista siguiente aparentaba un olvido irritante, una esquivez enigmática, que producían en él la congelación instantánea de su amor.

Esas mutaciones injustificadas, ese continuo estado ficticio é hiriente — sí, de ello no tenía duda — agostaron aquel sentimiento, y terminaron esterilizándolo del todo. ¿Por qué, pues, fué ella así? ¿Por qué no fué como él la deseaba, como la soñaba? Eso, fácil hasta unas horas antes, era ya imposible: todo había muerto; pertenecía á lo que pasó para no volver jamás.

Y con la memoria, tristemente, visitó las ruinas luctuosas de su pasado.

Fué durante una temporada de campo, un

domingo, en una tarde serenamente hermosa, cuando se conocieron, cuando se hablaron la primera vez. Un amigo, pariente de la familia, le llevó á la casa. Conversaron mucho tiempo de cosas sin importancia especial: temas de sociedad. Ella tenía un traje blanco, y sobre el cabello negro una rosa roja; él vestía de azul obscuro, y al hablar, jugaba distraídamente con las medallas de la cadena de su reloj... Y desde el principio encontró en aquel hombre un no sé qué distinto de los otros. Le fué simpático, atrayente. Su palabra era sencilla, sobria; pero en una frase, en una idea, en un razonamiento cualquiera, centellaba rápido un espíritu original y sugestivo, de una cultura, de una sensibilidad raras.

Se despidió cuando en el cielo moría el crepúsculo, bajo un suave comienzo de luna, por la campiña vasta, donde flotaban blancuras fluídas. Y ella, desde el balcón de la casa, vió alejarse y desaparecer en el monte

distante el coche, con pesar indefinible, guardando de la visita un recuerdo intenso, cuya persistencia no quiso interrumpir.

A partir de ese día, por el influjo benéfico del trato frecuente de él, abrióse para ella una vida nueva, en la cual experimentó una completa transformación. Su inteligencia se hizo reflexiva, y las ideas brotaron amplias y brillantes; sus gustos tomaron un rumbo aristocrático, y sus nervios, afinados, fueron capaces de las más sutiles sensaciones de arte... ¿Pero de qué le sirvió toda aquella alteza espiritual, si en la hora oportuna no supo sustraerse al dominio de unas costumbres odiosas por lo arcaicas? No tenía nada que reprocharle: merecía lo sucedido!

En el baile de esa noche, ¿no le hizo volver tres veces por una pieza? Y cuando él, resignándose, subyugado sin duda — frase suya en otro baile — por "la suprema armonía de su figura, radiante entre aquellos esplendores como en su natural ambiente", al

quedar sólos en un sofá aislado, intentó reanudar y confirmar las promesas de su secreto compromiso, ¿ no fué ella la primera en provocar el rompimiento, con su actitud hostil, con su palabra glacial ? Sí, nada tenía que reprocharle : merecía lo sucedido !

Y una resignación amarga se apoderó de su alma. Sintió como que una mano ruda le apretaba el corazón, hasta causarle sufrimientos crueles. Quiso huir de ese estado doloroso, y, por una victoria de la voluntad, convirtió su pensamiento al exterior...

La aurora triunfaba. Estremecimientos lumíneos recorrían el cielo, tiñendo las nubes de colores vivos. Entre ellas, más allá del cenit, en el descenso de la cúpula celeste, la luna no era sino una mancha opaca. Y en las lejanías del horizonte occidental, una estrella brillante estaba en su ocaso. Cerca, laterales, dos franjas de nubes, de un tinte de carne, parecían dos brazos fantásticos,

estirándose para detenerla en su eclipse...

Carmen cerró la ventana, y se arrojó vestida en el lecho. Escalofríos agudos le sacudían el cuerpo; un cansancio profundo la enervaba. Recostó la cabeza sobre la almohada, y quedó inmóvil. Luego, pensó en su postrer visión de fuera, en la estrella que se ocultaba; sintetizó todas sus visiones internas, y pensó en él, que partía. Y en la claridad pálida de la alcoba, extendió los brazos, afanosamente, como para detener aquel amor, ya también próximo á perderse en el misterio de lo lejano...

A Enrique Caprile (hijo).

MEDITACIÓN



MEDITACIÓN

Demetrio saltó del lecho, vistióse maquinalmente y salió al balcón. La atmósfera de fuera le bañó con una onda de frialdad, grata á su cuerpo febril por el insomnio. Sus nervios perdieron la tensión irritada; la calma se hizo en su cerebro. Readquirió la noción del tiempo y de las cosas, y pudo consagrarse, en aquella hora propicia, á la observación sugestiva de la vida cósmica.

Un vigoroso despertar se iniciaba en la naturaleza; la aurora esclarecía ya el infinito celeste. Veía él, abajo, el jardín pletórico de plantas; frente, el Plata, vasto y móvil. En los árbo-

les, al presentimiento del sol, la savia primaveral bullía sordamente, mezclando su hervor con el frufrú de las hojas, al paso leve de la brisa. Lejos, el estuario mostraba incierto su horizonte bajo la bruma flotante. Cerca, había en las olas retozos dulces; y las espumas formadas fingían, al través del aire ligeramente turbio, grupos de mujeres, bañando sus desnudeces ebúrneas en la frescura de las aguas.

Alzó los ojos. En el cielo, en el confín del occidente, una góndola de oro pálido bogaba sobre un mar de púrpura. Más acá, solitaria, destacábase una catedral gótica, en cuyas vidrieras lucían todas las descomposiciones del morado, desde el violeta obscuro hasta el lila desfalleciente... En lo más alto surgieron las ruinas de un palacio corintio: aparecían arcos rotos, columnas truncadas, capiteles y frisos partidos, mezclados con fragmentos de estatuas, entre los cuales surgía un torso femenino, torso espléndido, como

de una maravillosa Afrodita. Y en el levante, nubes blancas, sobre un incendio rosa, eran grandes témpanos de hielo iluminados por una aurora boreal.

Aquellas visiones sucedíanse con rapidez de magia. Mirándolas, Demetrio se sintió lleno de ideas indulgentes. Las meditaciones del insomnio se le presentaron de nuevo; pero regeneradas ya, sin nada áspero ni hostil... ¿Por qué culparla? En verdad, ella fué la primera en provocar, en el baile de esa noche, el rompimiento, que interponía entre ellos un abismo infranqueable. Y él, herido en su orgullo, lo aceptó, retirándose de la reunión, conmovido por la brusquedad de aquel hecho imprevisto, cuyo resultado fué el insomnio. De ahí sus pensamientos febriles. Pero ahora, en la magnificencia benigna de aquel amanecer, la reflexión recuperaba su imperio. Podía, con lógica exacta, dedicarse al examen de sus impresiones íntimas. Y remontándose á un tiempo

lejano, empezó, fríamente, á desdoblar sus recuerdos.

Estaba recién llegado. La conoció una tarde de verano, en la residencia campestre de ella... En esa época tenía una tarea absorbente, escribía un libro, y un deseo despótico, ir á la ciudad luminosa, su patria intelectual, donde estaban sus gustos y sus aspiraciones. Y hubo un día para él de profundo enervamiento. No pudo escribir una línea siquiera; las ideas permanecieron informes. La nostalgia le anegó el espíritu, y tuvo como nunca el anhelo por la ciudad distante. La noche le encontró sumido aún en su enervamiento; y para escapar á toda aquella sugestión triste, se dirigió á casa de ella.

Le recibió sola, en la sala. Cruzáronse frases; luego ambos callaron, absorto él en una contemplación inusitada; ella, vagamente ruborosa. Realzaba la gracia fina de sus formas un vestido blanco; sobre la amplitud

de su frente, de palidez de alabastro, el cabello era un toque intenso de sombra, y en el rostro, grave y pensativo, los ojos se abrían como dos mágicas flores negras. Impresionado por esa belleza virgen, como si se le revelara en todo su encanto, por primera vez, adivinando por la turbación de ella una simpatía fácil de transformarse en amor, pensó que allí iba á obtener quizás fe y entusiasmo para su existencia monótona. Las palabras de ternura brotaron; y ante él se formó el miraje de una dicha apacible, pródiga en beneficios morales.

Desde aquel instante intentó inculcar en ella una modalidad interna concorde con la suya. Pero chocaba con preocupaciones invencibles, solidificadas por la rutina tradicional de una sociedad en atraso. Y él tampoco podía modificarse; no tenía el hábito de tales usos. Su temperamento rechazaba esa manera de amar insípida, cuya elocuencia se cifraba en la óptica, á distancia, resol-

viéndose de cerca en simplicidades pueriles. Además, acostumbrado á la observación de la naturaleza y de las obras de arte, sabía, por experiencia, que en el universo material no existe lo bello absoluto; que es sólo un producto de la estética ideológica del artista, superior á todos los esplendores de la realidad. En la contemplación externa del sèr amado hallan ilusión completa los espíritus vulgares, inaptos para el análisis sutil de las líneas y de los matices; pero el suyo no era ciertamente así como llegaba á esa completa ilusión. Requería que interviniera la palabra y su influencia en la auditora, para que, con lo espiritual adivinado y lo físico tangible, en la embriaguez del propio sentimiento, surgiera en él — reemplazando ventajosamente al original — un arquetipo de belleza, creación exclusiva del cerebro.

Con tal exactitud se cumplía esto, que, cuando el cerebro de ella mostrábase rebelde á las sugestiones del suyo, se interrumpía

en el acto el brote de su amor; el pensamiento se le iba á otros lugares, y convertíase en frialdad su abstracción inevitable. Este modo de ser, exótico en aquella atmósfera social, fué engendrando en ella la incredulidad. Se asombraba de que no se condujera como los demás, y vengábase con ambigüedades y reservas de esas "rarezas absurdas". Y se sucedieron los meses sin ningún cambio grato; antes bien, cada vez era más difícil la armonía. Al fin, aquella noche, conocedora de su repentino proyecto de ausencia, quizás con el secreto deseo de desvanecerlo, mas impulsada por un mutismo para ella impenetrable, cortó bruscamente el lazo inseguro que les unía, quedando roto así su compromiso, por suerte, todavía secreto.

No, era injusto culparla. Era injusto exigirle, niña sencilla, el conocimiento de espíritus hijos de una civilización avanzada, hechos de refinamientos y de complicaciones múlti-

tiples. Hubiérase precisado el ambiente de esa civilización, para que, por virtud de una constante cultura cerebral, evolucionaran en sentido favorable sus ideas, sus creencias, todo su organismo. Sin aquel ambiente, ella tuvo que seguir el curso fatal de costumbres tradicionales... ¿Por qué entonces no cedió él á las preocupaciones de ella? ¿Por qué no impidió el desenlace final? Pudo impedirlo. Luego ¿el culpado era él? Tampoco. En todos sus actos tenía la convicción de obedecer siempre á una fuerza misteriosa, que le guiaba á términos jamás previstos. Y no era bastante su lógica — desarrollada en una época razonadora por esencia — á vencerle esta superstición. Quizás la herencia extraña de alguna raza del viejo Oriente, llegaba á él al través de tiempos seculares, y por eso en la ruta que le iban trazando los acontecimientos de su vida, no trataba de hacer cambio alguno, ni una modificación siquiera... Ah! la fatalidad!

¡Sólo ella fué la causa de aquella ruptura, ya irremediable!

Un deslumbramiento le arrancó de su concentración. Sobre la curva del horizonte libre de brumas, alzábase el sol, bajo una gloria de llamas. Por el azul incendiado, en el aire, con transparencias de cristal, corrían las ondas luminosas, en las cuales danzaban miriadas de corpúsculos, brillantes como polvaredas diamantinas. El Plata espejeaba; las espumas adquirían la blancura ofuscadora de la nieve, y la naturaleza toda absorbía la esencia solar en un espasmo de placer ilimitado. Aquello era hermoso; pero con hermosura simple, por la crudeza de la luz. Faltaban las mágicas decoraciones celestes; los símbolos arquitecturales de las nubes; la ficción de los copos espumosos, todas las ilusiones evocativas de la aurora...

Meditando en esto, Demetrio tuvo de pronto una clarovidencia. Comprendió que en el mundo moral los hechos — productos de

estados de alma — tienen siempre un aspecto ilusorio; que sufren variaciones parciales, de momentos, y entonces la ilusión se modifica, y variaciones absolutas, de épocas, y entonces la ilusión se extingue. Salvó con el pensamiento los meses y los años; se trasladó á un futuro más ó menos lejano, y vióse con sentimientos é ideales distintos. ¿Cuáles serían allá sus entusiasmos? ¿Cuáles sus tristezas? ¡Quién sabe! Pero, sin duda, del presente conservaría apenas un recuerdo confuso, frío, desdeñoso tal vez... Y desde allá, desde ese misterioso futuro, hizo la evocaciôn de su amor: en la memoria no era sino una mancha incierta, una sombra vaga, flotante en el vacío...

A Ernesto Vergara Biedma.

LA SORPRESA



LA SORPRESA

— Las almas vuelven —dijo Adrio, acabando de beber el quinto *chop* de cerveza... Vuelven invisibles, inmateriales, las más de las veces, y otras, materializadas, corpóreas, en formas más ó menos caprichosas. Yo he visto á una, os lo aseguro... Fué en Paris, hace cerca de cinco años... Mozo, otro *chop*.

La concurrencia espesa del café se había enrarecido, y los cinco noctámbulos estaban aislados en aquel rincón, dejando pasar insensiblemente las primeras horas de la madrugada. Adrio apuró el *chop*, y paseó en torno los ojos lucientes y vagos, síntoma in-

falible de que su verba derrochadora, á menudo fantástica, iba á emprender alguna de sus correrías. Y en efecto, habló de esta manera:

— Un *bravo* sonoro, un palmoteo prolongado acogieron el final chispeante del *vaudeville.* El telón cayó, elevándose al aire el murmullo de las conversaciones y de las risas, mezcladas con el taconear de las camareras y de los que, por instantes, entraban á aumentar la concurrencia.

Aquella noche el *Café Moscou* rebosaba de clientela, compuesta, en su mayoría, de estudiantes, mujeres alegres, escritores y artistas jóvenes. Monsieur Durand se hallaba satisfecho. Desde por la mañana anunció, en grandes carteles verdes, fijados en las esquinas del barrio, y en hojas volantes desparramadas por la ciudad, "una bella sorpresa para sus amables parroquianos"; y por una de las frecuentes novelerías

parisienses, *la réclame* tuvo un resultado espléndido: nunca, ni aún en el día de su apertura, vió tan favorecido el *Café Moscou*. El mismo Monsieur Durand estaba asombrado.

Las camareras volaban, atendiendo los múltiples pedidos del público. Y las tablillas de zinc de los escaños, alineados en la primera parte del salón, y las mesitas de mármol, colocadas después, se llenaban de botellas y de vasos. Los *bocks*, en donde la cerveza ofrecía su tono de ámbar diluido y sus motas de espuma compacta; la nota opalina del ajenjo; el chartreuse, verde, el oro pálido del champaña y el subido del coñac, todos aquellos licores y vidrios, de tintes diversos, descomponían, en irisaciones radiantes, la onda de las lámparas eléctricas. Una nube, formada con el humo de los cigarros, flotaba, como niebla ligera, en el ambiente; y al través de ella, veíanse, encima, el plafón pintado al fresco, — un en-

jambre de amorcillos rosados, revoloteando entre ninfas de cabelleras sueltas y faunos de caras joviales, — y allá, en el fondo, el telón, con un cuadro andaluz: el baile flamenco.

— Estoy impaciente por ver esa sorpresa — me dijo Aline, la vivaracha Aline, mientras su amiga, nuestra compañera de mesa, una rubia lánguida, fumaba perezosamente su cigarrillo.

— Bah! Alguna tontería, — contestó ésta. Yo no he venido por eso... Ya sabeis, necesito dinero para el paseo de mañana. Y miraba, miraba á un señor gordo, cuyo chaleco lucía una gruesa cadena de oro.

Habían pasado ya varios números del programa. M[lle] Henriette estuvo, como siempre, tentadora en sus bailes, de ritmos turbadores. Siguieron otros artistas menos interesantes, y vino después el *vaudeville*, en el cual Aline rió como una loca, perlando así la doble hilera de sus dientes entre la púrpura vibrante de sus labios. Al *vaudeville* iba á

suceder "la sorpresa", y el público la aguardaba curioso...

La orquesta marcó los primeros compases de una música rara, y ante un público de silencio y de espera el telón se alzó.

Vestida de negro, vacilante, lentamente, fué avanzando una mujer hasta el término del proscenio. Allí se detuvo. No hizo saludo alguno; permaneció por un momento inmóvil, casi rígida, y luego, con sus grandes ojos negros convertidos á lo alto, comenzó á cantar.

Los asistentes vimos atónitos aparecer en la escena á aquella mujer extraña. En verdad, era una figura emocionante. De su vestido negro, cerrado hasta el cuello, bajo el negro casco de su cabellera, surgía su rostro armoniosamente correcto, y pálido, de una palidez mate, de una palidez ideal. La luz la envolvía en un vapor de oro; y así, toda fúnebre y exangüe, parecía la *Dolorosa* de algún maestro de la pintura mística, hecha carne viviente por el influjo de un milagro.

Su voz, insegura al principio, fué poco á poco afirmándose, creciendo, robusteciéndose, y soberana, conquistadora, extraterrena, dominó pronto la orquesta. Cantaba una romanza de melodía misteriosa, de melodía inaudita, mezcla de quejido y de himno, de lamentaciones y de salmos, de misereres y de aleluyas, con las amarguras y las súplicas de los grandes arrepentimientos y las beatitudes y bienaventuranzas de las absoluciones supremas. Y desde el comienzo del canto la concurrencia, íntegra, sintióse subyugada, henchida de una admiración muda, de un mutismo estático. Nadie hablaba; nadie se movía. Soplos de meditación y de recogimiento efundiase en el salón, como si sobre el público, hondamente impresionado, un gran pensamiento glorioso batiera sus alas. Aline estaba seria. Su amiga dejó su actitud indolente, suspensa ahora de la escena. Y como éstas, todos mirábamos conmovidos á aquella singular mujer, todos

oíamos electrizados aquel canto triunfador.

¿Pero quién era? ¿Por qué estaba allí, en el escenario de un café cantante, ella, que podía humillar á la más afamada diva? ¿Cómo una maravilla vocal de tal naturaleza escuchábase en ese recinto, cuando hubiera sacudido, galvanizado, poseído, entusiasmado hasta el delirio al más exigente auditorio de ópera? Nadie lo sabía, ninguno se lo explicaba... ¡Y el taimado de Monsieur Durand había desaparecido!

La cantatriz seguía cantando. De la garganta le brotaba el canto en copiosas ondas; y tenía, á un tiempo, acordes de vibraciones aurísonas, cadencias de tonalidades gemidoras. Las notas se unían, fundíanse en una sola marejada melódica, y formaban el más prodigioso conjunto de hosannas y de trenos desgarrantes. En la atmósfera sonora de la sala, como cascada de pedrería sobre fina lámina de cristal, desgranábase la romanza, y era una alma herida de desola-

ción eterna que volara quejándose con acento divino. Tal vez el recuerdo cruel de sufrimientos pasados y la visión dulcísima de dichas actuales, palpitaban simultáneamente en el espíritu de aquella maga, porque daba á su voz inflexiones incomparables de dolor y de goce. Y ese dolor se filtraba en los corazones como sutil polvo gris, despertando en ellos dolores propios; y ese goce envolvía y transportaba al espíritu á regiones de paz y de gloria.

El canto, acompañado por la orquesta, tuvo un *crescendo* sostenido, algo como una imprecación formidable contra la indiferencia y el egoísmo de los humanos. Después, fué decreciendo gradualmente, y se extinguió al fin en un trémolo, lánguido cual el susurro de una plegaria. Y ante el silencio grave de los espectadores, el telón descendió, en tanto que la orquesta rompía en una tocata bulliciosa, para borrar la agitación que en los nervios dejara la romanza...

— "Y bien, señores, — nos dijo Monsieur Durand, quien al terminarse el acto reapareció en la sala: — lo que de ella sé os va á parecer absurdo, inverosímil. Vino ayer, durante los ensayos, y me dejó oir su voz. Ya supondreis que le hice al momento las propuestas más ventajosas. Las rehusó todas; y para cortar la insistencia de mis ruegos me reveló... no os ríais... que no pertenece á este mundo; que es el alma de un doliente poeta, muerto hace tres años. Habitó muchas veces en los hospitales, y llevó una vida de tormento y de miseria. Fué el eterno vencido del deseo, y su alma estuvo siempre enlutada por el pecado. Mancilló su vida y depravó su cuerpo. Pero en horas de sincero arrepentimiento le ofrendó á la Virgen versos llenos de fe, de tristeza y de humildad cristianas. Por ellos se le otorgaron las celestes venturanzas; y por la Virgen, grata á tan dulces plegarias, se le ha concedido volver, un instante, á la tierra, para que satisficiera

su anhelo de cantar, ante algunos de los que le comprendían y le amaban, sus versos místicos, puestos en la música de los coros seráficos... Y creed que no tengo interés en mentiros, porque — así me lo anticipó y os lo participo — no volverá nunca más!..."

Es el caso — agregó Adrio, á quien el séptimo *chop*, vaciado en el curso de su narración, le había hecho más lucientes y más vagos sus ojos — que á mí no se me ocurrió dudar de las palabras de Monsieur Durand, y que vosotros seríais unos imbéciles si dudarais de las mías...

A Martin Reibel.

PÁGINAS DE VIDA



PÁGINAS DE VIDA

Estábamos sentados, en esa clara tarde de invierno, el médico amigo y yo, en Palermo, en una banca de la Avenida de las Palmeras. Ante nosotros pasaban los coches flamantes, en la cuádruple fila del corso, con sus figuras femeninas, armoniosamente multicolores. A lo lejos, vaga, aterciopelada, sonaba la música de una orquesta. En el cielo, muselinas de nubes blancas manchaban la virginidad del azul. Una brisa suave, casi tibia — como un anticipo de la primavera para reanimar la naturaleza marchita — movía pausadamente las ramas: y de sus hojas frotadas despren-

díanse murmurios rítmicos, como melodías ejecutadas, á la sordina, en violas. El sol se acostaba sobre el lago, entre magnificencias de púrpura. Sus rayos oblicuos filtrábanse por los claros de la arboleda; estriaban á trechos la avenida, y se rompían en chispas trémulas sobre el charolado de las capotas y el metal de las guarniciones. Y bajo la serenidad radiante de la altura, el corso, en una dilatada elipse, giraba lenta y sonoramente.

— Cuando veo — me dijo el doctor — pasar al lado de las hijas lujosas á estas madres, cuyas caras rebosan de contento, porque sus niñas de nada carecen, porque pueden satisfacerles todos los caprichos, porque las aguarda sin duda un matrimonio halagüeño, celebrado con todas las pompas de los rituales mundanos, recuerdo siempre á aquella otra madre, á quien, en Londres, asistí en su enfermedad mortal: un caso de hipertrofia cardíaca. Poco antes de morir me hizo la confidencia de su vida. La casualidad me lle-

vó á la capital inglesa, pues yo rehacía entonces mis cursos en París; y la casualidad también me hizo conocer así á dos de las tantas víctimas de las políticas de Sud América.

A la muerte del marido — desterrado violentamente de la patria — sola, sin dinero, en completo aislamiento, con una hija, Elvira, de diez y ocho años, se encontró la pobre mujer en la ciudad enorme, como el viajero extraviado en el fondo de una selva. Era buena ejecutante de piano, y buscó discípulas... Pero ¡ bah ! ¿ qué padres confían la enseñanza musical de los hijos á una desconocida ? ¿ Trabajar en otra cosa ? ¿ Cómo ? Ella, planta delicada, planta de hogar de nuestros países sudamericanos !... Y la patria, lejana y hostil, y de por medio el océano y mucha tierra extraña!

Vendió una á una sus pocas alhajas. Así pudo comer ella: así, sobre todo, pudo comer la hija un corto tiempo. Luego, vendió

los muebles; dejó su habitación cómoda por un estrecho cuarto en el último piso de la misma casa. Y la existencia se le hacía cada vez más angustiosa, y el infortunio la empujaba, la empujaba por la pendiente sombría de la miseria.

Vendió sus mejores vestidos. Vendió casi toda su ropa blanca; y, — ¡oh Dios! ¿no eres bueno? — tuvo que vender los vestidos nuevos de Elvira!... Y el otoño terminaba, y vendría el invierno, el invierno del norte, helado, espantoso para el pobre. ¿Qué sería entonces de ella? ¿Qué sería de su hija? Nunca se quejaba, pero la madre la veía consumirse, consumirse como una planta enferma!...

Un día — ya en el invierno — no hubo para comer. El día siguiente tampoco habría, quizás en toda la semana, tal vez nunca más!... Y en sus meditaciones abrumadoras la infeliz miraba llegar á la muerte, llevársela, y llevarse á Elvira, á su hija!

Fué entonces cuando recibió una carta del

señor inglés, vecino en el piso principal de la casa... "Era soltero y rico. Conocia á Elvira: le gustaba. No podía casarse con ella, porque pensaba no hacerlo por ahora. Pero la tendría como á su esposa; la dotaría, y más tarde, quizás..."

Ya puede usted imaginarse qué noche pasó la pobre madre. Su hija, desde temprano, dormía un sueño profundo, originado por el desfallecimiento físico... Fuera, la nieve caía, golpeando sordamente los vidrios de la ventana, en cuyas rendijas zumbaba un viento glacial. De las calles subía la vibración de la ciudad apaciguada, como el rumor de un mar lejano. El ambiente, en su frialdad de hielo, producía en los miembros rigideces dolorosas... Echó sobre la joven su única manta de lana, y se sentó á la cabecera del lecho miserable. No experimentaba frío; no tenía hambre. El sacudimiento rudo causado por la carta, le hacía insensible el cuerpo; y en lâ sombra, oyendo como en un sueño opresor la respira-

ción débil de Elvira, pensaba, reflexionaba, discutía consigo misma —¡ discusión tremenda! — mientras apretaba entre las manos aquella carta, salvadora y cruel.

¿ Aceptar ?... ¿ Y su educación, su clase, sus creencias religiosas, todo ese mundo de elevación moral en que había crecido y que la obligaba á considerar la oferta de la carta como un insulto vergonzoso, como un acto criminal ?... Su hija, uniéndose sin matrimonio, sin amor siquiera, á un desconocido !

¿ Rehusar ?... ¿ Y Elvira ? Ella, la madre, podía morir. Estaba ya resignada; bastante había sufrido, y la muerte sería el descanso, sería la suprema dispensadora del olvido eterno. Pero su hija... ¡ muerta ! No, eso no debía suceder, no quería que sucediera !

¿ Aceptar ? ¿ Rehusar ?... Por un rato grande, estos pensamientos contrarios estuvieron luchando. Después, como cansados, quedaron inmóviles, y bandadas de recuerdos, del pasado distante, le asaltaron el espíritu.

Había una reunión de íntimos en su casa. Tenía diez y nueve años; uno más que Elvira. La orquesta tocaba un valse: algunas parejas bailaban, y ella, en el fondo de la sala familiar, escuchaba la palabra de un joven. Y le parecía oír, precisa y evocadora, la música de aquel valse; le parecía sentir, cálida y persuasiva, la voz del joven, del que fué después su novio, su marido... ¡ Oh las alegrías dulces de su tiempo de novia; las impresiones profundas, reveladoras, de la noche nupcial!... ¡ La hija!

Luego, la pasión política del marido; las ausencias continuas del hogar; las preocupaciones absorbentes de él; las terribles zozobras de ella... La guerra, la implacable guerra civil; la prisión del esposo; la confiscación, el despojo feroz de toda su fortuna; el destierro!... Los tres aventados lejos del suelo nativo, á las inclemencias del país extraño; los tres dejando allá todos los afectos del alma, irreemplazables; toda su dicha, para

siempre perdida... Y Elvira, ya de diez y seis años, desgarrado el corazón, fulminada en su florecimiento de mujer, por la separación brusca del elegido de su amor, por el rompimiento brutal de un compromiso, concertado desde la infancia de ambos entre las dos familias... ¿En dónde estaría él? También perteneció al bando revolucionario, y tal vez sufría ahora, como ellas, todos los martirios del destierro!...

Y luego, la enfermedad lenta, indomable, del compañero amado, del apoyo fuerte; el agotamiento de los escasos ahorros... La agonía, la muerte del marido; la viudez de ella; la orfandad de su hija... El desamparo de ambas; la pobreza; la miseria... el hambre! Y volvieron los pensamientos contrarios á comenzar su lucha; y apretaba entre las manos aquella carta, quemante como una ascua. Así la sorprendió el alba; una alba brumosa, aterida, triste...

El fuego en la chimenea faltaba también

hacía cuarenta y ocho horas. La temperatura del cuarto era tan cruda, que el ambiente, al respirarse, cortaba. El desgaste del insomnio le distendía poco á poco los nervios; el forzado ayuno la postraba; desfallecía su voluntad de resistencia, y la idea de pasar ella, de pasar su hija, todo ese día, toda la noche, sin pan, sin fuego, la enloquecía...

En tanto, la mañana naciente se acentuaba en el cuarto, iluminándolo con una luz blanquecina. Elvira seguía durmiendo su pesado sueño, en que había mucho de inanición aniquilante. Cubierta por la manta grís cual por un sudario, sólo su cabeza se destacaba sobre la almohada, entre el desorden de su cabellera rubia, tendida en torno suyo como un opulento marco de oro. Y dentro de aquel irónico marco, qué quietud, qué palidez sepulcral tenía el rostro!... Ah! no soportaría más tiempo! La mataría el hambre; la mataría el frío. Y esa horrorosa muerte de la niña iba á presenciarla ella, su madre!...

¡ Pobre mujer ! — concluyó mi amigo — la última vez que la ví, estaba ya inanimada, toda de negro, sobre el lecho blanco. A los pies, la hija lloraba; en el fondo de la pieza, el inglés, fresco aún en sus cincuenta años, fumaba y leía, dispuesto así para velar también durante esa noche. El fulgor de una lampara eléctrica, tamizado por un globo azul, envolvía el cadáver en una claridad lívida, imprimiéndole no sé qué sello de infinita tristeza. Y sobre la frente, el sudor de la agonía perduraba en gotas inmóviles, como si la muerte, al beber en aquel doliente vaso humano, hubiera arrojado allí las heces del licor amargo de la vida...

A Martin C. Aldao.

CLARO DE LUNA



CLARO DE LUNA

El bote se desliza, pausado, sobre el agua serena. Es en los ríos del Tigre, en el crepúsculo, un prematuro crepúsculo de otoño. El sol, al morir, bañó el azul con sangre luminosa, absorbida luego por la irrupción de la noche. La linfa, impregnada de penumbras, adquiere un tinte obscuro. Sobre el fondo del espacio, las nubes van perdiendo su blancor níveo, y tórnanse sombras leves, flotantes bajo la masa creciente de tinieblas. Las orillas se hacen vagas, y focos de luz artificial agujerean los bosques de sauces, tendiendo en la onda reflejos trémulos. El cielo, solita-

rio después del ocaso, reacciona, en un triunfo de astros. Hacia el oriente, en el horizonte, vasto por la amplitud del Plata, se esboza una mancha de claridad tenue: es la natividad ya próxima de la luna. Y la naturaleza parece esperarla en el silencio de una meditación grave.

Navega el bote en mitad del Luján. Hay en él cinco personas: una pareja de novios, la madre, una amiga, residente en un pueblo inmediato, y un amigo, en cuyo espíritu la mansedumbre del sitio y de la hora calma la enfermiza inquietud de la vida ciudadana. La novia, morena, rosada, linda, viste de azul; la madre, de luto; la niña amiga, toda de blanco. De la nieve de la tela, más blanco aún, divinamente pálido, como un lirio ideal, surge su rostro, de pureza griega, bajo el resplandor rubio de sus cabellos. El brazo derecho le cae fuera de la borda, y con la mano roza el agua. Así la mano suya es un copo de espuma, viajando con la marcha

del esquife. Y de toda su figura, en el clarobscuro crepuscular, se desprende una magia dominadora, como si la vida que en ella palpita contuviera todos los ritmos de la suprema gracia.

En la proa los novios dialogan, absortos en su amor. No ven sino sus ojos ; para ellos no hay más universo que el de sus palabras y miradas. La madre contempla á la pareja desde su asiento de popa. La otra niña, á su lado, está pensativa. A ratos, lleva las manos á las sienes para arreglar el desorden producido en sus cabellos por el viento fugitivo; cruza cortas frases con la señora, y queda de nuevo pensativa, con los ojos — ojos de misterio y de ensueño — fijos en lejanías invisibles... El amigo la mira, callado.

El bote desciende por el Luján, junto á la orilla izquierda. Lejos, á proa, se dilata, inmenso, el Plata. Ramas de sauces frotan la borda, y ponen caricias húmedas en los rostros de los paseantes. Algunos riachos abren

en la ribera grandes bocas de sombra. Arriba, las constelaciones flordelisan ya todo el cielo... Los novios permanecen abstraídos en su egoísmo amoroso: la madre les contempla, quizás en la evocación de sí misma, en un pasado feliz. La niña sigue pensativa, con la mano sobre la superficie estremecida. ¿En qué piensa?... A veces, los focos eléctricos de la orilla despliegan en el lecho del río grandes mantos de oro; á veces una terraza iluminada, de donde parten voces y risas en alas del viento, se refleja, invertida, en la placa líquida, simulando un árbol extraño, un árbol de fuego, agitado por soplos desconocidos...

En aquel instante, un resplandor de ópalo llena el oriente. El agua lo refleja, y sobre el cabrilleo de las ondas tranquilas, sutiles hebras de luz tejen un ancho moaré, pálidamente radioso. La nota opalina se agiganta; dijérase que luego de haber encendido

las alturas va á irisar toda la tierra. Millones de estrellas languidecen, se esfuman, ante ese derroche de matices lumíneos, tan distintos de las intensidades del brote solar. Una legión de celajes se enciende también, con tonos de nácar, y vuela bajo el azul, poniendo velos en cada estrella.

Luego, un arco de plata se dibuja en el levante. Asoma tímido, se eleva, se agranda, y es una diadema suspendida sobre el confín lejano. Las tintas iridescentes disminuyen, y cándidos florecimientos, como de mirtos, pueblan el espacio. La diadema crece más y toma la forma del círculo perfecto, destacándose ahora como una perla, como una extraordinaria perla, sobre el seno del cielo. Y el agua del Luján vibra toda, cual si la luna le pusiera en cada turgencia de sus ondas el roce apasionado de una caricia... El astro asciende lento y soberano. Junto á la curva de occidente, la vía láctea es una veste nupcial, tendida en el límite de la noche. Nubes de

armiño, en pequeños copos, semejan bandadas de gaviotas, volando sobre un mar cerúleo. El viento, más tenue, pasa ahora por entre las ramas infinitamente amoroso, cual si fuera repitiendo los versículos del Cantar de los Cantares. Y cielo y tierra, agua y árboles, seres y cosas, en la blancura idealizadora que les presta la luna, aparecen ante los ojos de los cinco viajeros con inefable belleza, como creados de nuevo por la maravilla de un conjuro...

En esto, de lo recóndito de una isla, brota una canción, ritmada por bordoneos de guitarra. En el mutismo circundante, el acento del cantor repercute con íntima melancolía. Son vidalitas, versos sencillos como flores silvestres, pero á los que la noche les comunica todo el prestigio de su poesía sideral. Y la brisa hace perceptibles las palabras, y las palabras suenan, henchidas de sugestiones. Dicen:

"Si mi vida errante,
Vidalitá,
Yo te la contara,
Tu rostro de cielo,
Vidalitá,
El dolor nublara.

Ya todas mis flores,
Vidalitá,
Sus corolas pliegan;
Ya todos sus tallos,
Vidalitá,
Mustios se doblegan"...

Hay una pausa. Una luciérnaga, cual si fuera el alma del canto, se acerca en vuelos radiantes, y termina posándose en la cabeza de la pensativa; creyérase un pequeño lucero engarzado en fluideces de oro. Y bajo el claro de luna, de todo lo inmaculadamente blanco que emana de su sér, como la esencia misma de su espíritu, en la armonía que rige la plasticidad grácil de su cuerpo, la virgen se destaca incomparable, llevando la mente del contemplador á otros tiempos,

á la ciudad única donde el cincel, en el mármol dócil, creaba los arquetipos de la belleza pura.

El canto vibra de nuevo, y los versos vuelven á infiltrarse, sugestivos, en quienes los escuchan:

“ Eres tú la aurora,
    Vidalitá,
Yo la tarde soy;
Desde oriente subes,
    Vidalitá,
Yo al ocaso voy.

Mas si Dios, de tu alma,
    Vidalitá,
El amor me diera,
Con perennes mirtos,
    Vidalitá,
Mi alma floreciera ”...

La pensativa niña, al concluir la última estrofa, se estremece. Con movimiento maquinal se pasa la mano por el cabello: la luciérnaga vuela y se pierde en la noche. La mesa hospitalaria aguarda ya á sus invitados de

ese día. La canción viene ahora lejana, y más que una música, es su eco, entrecortado por el rumor cadencioso de los remos. En lo alto, por el infinito, la luna continúa su ascensión, misteriosamente blanca...

A Vicente F. López (junior).

BETTY



BETTY

... Y como le tocara el turno á Adrio, en aquella rememoración de aventuras curiosas, se expresó así :

— Después de la cena, Betty me hizo pasar al saloncito rojo, donde, cerca de la ventana, sobre pequeña mesa de laca, humeaban dos tasas de té.

Betty es una artista excéntrica : á quince pasos parte una bala de revólver en el filo de un puñal. Fuera llovía, y lo destemplado de la noche de invierno hacía amable la temperatura interior, caldeada por el fuego alegre de

la chimenea. La irradiación de la lámpara, devuelta en refracciones escarlatas por la tapicería, sonrosaba suavemente el rostro de Betty. Un peinador blanco la cubría, marcando las ondulaciones soberbias de su carne. En el verde de sus ojos, al toque de la luz, chispeaban aguas, como en las facetas de dos esmeraldas prodigiosas; y su cabellera, recogida sobre la cabeza, era un sólido amontonamiento de rayos solares... Hermosa cual una tentación, lo estaba más que nunca, hasta por la misma misteriosa melancolía de su semblante.

En aquel momento — por segunda vez desde el principio de la cena — un órgano callejero nos envió las notas desafinadas de su música; y Betty, mirándome de un modo particular, me dijo:

— "¿Quiere saber algo de mi historia? Se lo contaré, si me promete no asustarse... Convenido, ¿verdad? Bien, escuche...

Ante todo debo advertirles que Betty no

es tan sólo una belleza admirable, sino que posee una inteligencia y una cultura excepcionales: su conversación es fácil y colorida. He aquí su relato:

Hace siete años... tenía yo apenas diez y ocho. Habitaba en uno de los barrios antiguos de New York. La semana comenzó fatal para mí. Tom, mi marido, llevaba tres días de no ir á la casa, y ya sabía yo lo que su ausencia significaba. Sentía una tristeza honda. Eran las once de la noche. No me acostaba porque presentía el insomnio, no leía porque mi cerebro habríase rebelado á todo trabajo que no fuera el de sus propias impresiones. Cogí la caja de revólveres — herencia de mi padre, junto con su maestría en las armas de fuego — y salí al balcón para limpiarlos uno á uno, con el fin de apaciguar así la actividad morbosa de mis nervios.

El aire era cálido y sereno. Al través de su transparencia cristalina, en el azul lejano,

resplandecían los astros. La calle, angosta y desierta, estaba sumida en el sueño, y coincidencia extraña, apagado el foco eléctrico de la esquina próxima.

Los acordes ruidosos de un organillo me distrajeron en la tarea. Hallábase en la esquina, y la penumbra del sitio no permitía distinguir claramente los objetos; pero el sonido del instrumento me era familiar, y aquella sombra humana, cuyo brazo daba vueltas al manubrio, era la del pobre viejo que desde la primavera, venía todas las noches á darnos su serenata. Cuando concluía, se acercaba al pie del balcón á recoger las monedas que le arrojábamos, y se iba luego á lo largo de la calle, encorvado y vacilante por el doble peso de la caja y de los años.

Esa música vagabunda, imperfecta, casi rudimentaria, despierta por lo general — oída así, en el silencio grave de las noches solitarias, de las noches de meditaciones desoladas — recuerdos llenos de una tristeza in-

tima, tanto más dominadora cuanto menos traducible es para el alma. Mil acontecimientos del pasado, confusos, vagos, cual nebulosas brillantes y al mismo tiempo informes, surgen, y su evocación es grata y dolorosa, como un goce amargo, como un sufrimiento dulce... No obstante, esa noche los recuerdos acudieron á mí, precisos, punzadores.

Como visiones cinematográficas, fugaces, pero vívidas, desfilaron ante mi memoria todos los sucesos de mi existencia de casada. Los primeros meses de una pasión llena de deleites, compartidos con aquel sér ardoroso, que sabía tener en sus caricias ternuras exquisitas. Luego, la primera sombra, el primer pesar: la tarde en que Tom se me presentó con la faz alterada, el traje descompuesto, la mirada incierta y torva, la voz titubeante, todos los síntomas abominables de la embriaguez. Después, aquel acto de crueldad brutal, cometido en el gato de Angora. El animal se

restregaba mansamente en sus piernas. Lo agarró por la cola afelpada, lo hizo girar en el aire con violencia, como una honda, y lo estrelló contra la pared, en cuyo papel quedaron impresos los fragmentos del cráneo roto. Esa escena — producto sin duda de la irritación alcohólica, exacerbada por el reproche silencioso de mis ojos y de mi actitud — me reveló cuántos sedimentos de ferocidad atávica conservaba en su sangre el hombre á quien yo le tenía dados mi cuerpo y mi alma, toda mi vida joven y ardiente.

Desde aquel día el alcoholismo, hasta entonces para mí oculto, le recuperó de un modo absorbente. Todo cambió en nuestro amor, y vinieron zozobras y angustias horribles... He sido siempre altiva, nunca puedo vencer mi carácter; y por esto, cada vez que Tom aparecía ébrio, me encerraba en la alcoba y no me dejaba ver de él hasta que, trancurridos muchos días de sobriedad, la vergüenza dolorosa de su arrepentimiento arrancaba á

mi cariño el perdón. El vicio le esclavizaba; su amor á mí le vencía; é incapaz de libertarse de estas dos influencias contrarias, acompañaba últimamente sus reincidencias con alejamientos prolongados, á veces por toda una semana, con el pretexto de ocupaciones serias... que yo fingía creer, porque retornaba desbordante de atenciones delicadas y de entusiasmos pasionales. Pero, en el fondo, mi vida era profundamente triste, y aquella noche poblaban mi espíritu mil presagios torturadores. El organillo seguía dando, en el silencio nocturno, su tocata. Era uno de esos aires insignificantes, fastidiosos á fuerza de ser escuchados. Súbito, la música cesó, y el ruido de cosas rotas con estrépito atrajo mi atención.

En medio de la calle, vagamente, vi esparcidos los fragmentos informes de la caja de música; oí la voz alterada del viejo, y ante él vislumbré á un hombre... ó más bien su silueta, envuelta en el misterio por la penum-

bra. En seguida comprendí el hecho : aquel hombre había derribado, despedazado el sustento del pobre anciano, el cual estaba iracundo y abatido, pues en su acento había á la vez amenazas y sollozos. El malévolo bromista permanecía mudo, al parecer burlonamente impasible. Esto debió de exasperar al organista, porque trató de acometer á su enemigo... Fué una lucha rápida y desigual: un formidable golpe de box cayó sobre el viejo, y rodó por el suelo como una masa inerte...

Yo había asistido á la escena, anhelante, apretando nerviosamente el puño de un revólver, recién cargado. Mi temperamento impulsivo me arrojaba á la cabeza oleadas de sangre ; las ideas en mi cerebro eran rojas, y una resolución terrible se adueñó de ellas... Todo aquello se efectuaba con duraciones de segundos.

El agresor estaba aún en pie, en la esquina. El contorno de su cabeza se destacaba netamente en la sombra. Alcé el brazo ; le

apunté cuidadosamente á la sien... sonó el tiro... luego un grito espantoso... una voz conocida en ese grito, y Tom, mi marido — pues era él — rodó también por el suelo, inerte, con el cráneo destrozado !...

Betty callaba hacía algún tiempo, y yo no encontraba una sola frase para desvanecer el penoso mutismo. El té, ya frío, estaba intacto en las tazas ; la música noctámbula venía ahora de muy lejos, confusa, y sólo la lluvia golpeaba monótonamente los vidrios de la ventana.

De pronto, en una de sus inesperadas transiciones, exclamó Betty, riendo :

— Confiese que se ha impresionado. Yo, á mi vez, reconozco que he sido irreflexiva... como siempre. Pues bien, en compensación,— la lluvia se empeña — le permito ser mi huésped esta noche... No lo pasará mal, se lo prometo.

Y en verdad, Betty, cuando lo quiere, es una mujer encantadora...

A Tomás E. de Estrada.

LAS TRES NOVIAS



LAS TRES NOVIAS

En una de las terrazas de la Rambla, en Mar del Plata, se encontraban tres amigos, tres poetas, una tarde de Enero. Dos de ellos hablaban animadamente, mientras el otro, pensativo, con la mirada fija en el confin distante, escuchaba distraído la conversación de sus compañeros. Sobre la mesita de madera, en los vasos de vidrio, los licores exhalaban el perfume de sus mixturas, al soplo fresco del viento. De un kiosco cercano venían las ondas de la orquesta, y al mezclarse con los estruendos del mar, formaban una extraña música, á la vez salvaje y armó-

nica. En la orilla, entre el hervor de las espumas, surgían cabezas y torsos de bañistas, á los cuales las olas, superponiéndose afanosas, cubrían con largas caricias trémulas Y en torno, sobre la tierra, bajo el cielo, la vida humana y la de la naturaleza palpitaban alegres, en la augusta concordia del color y de la luz.

Los pulmones aspiraban con delicia la saturación yodada y salobre del ambiente; y las pupilas convertíanse volubles de un punto á otro, para encontrar siempre el encanto de visiones hermosas. El sol, en la proximidad de su ocaso, derramaba por el azul las gamas de sus rojos y amarillos. Algunas nubes viajeras recogían los rayos solares; los refractaban en matices iridescentes, y eran, suspendidas entre el agua y el firmamento, como grandes pendones de sedas cambiantes. Á lo lejos, en el hemiciclo del horizonte, — donde se fundían, en un solo y pálido tono violeta, los límites del

océano y del espacio, — destacábanse y crecían las velas de las barcas pescadoras. Y por la arena movediza de la playa, donde retumbaba el oleaje, y á lo largo de la Rambla, toda estremecida bajo el incesante taconeo, la multitud veraniega circulaba pausadamente, ante el vasto escenario marítimo. Los grupos femeninos, con su continuo vaivén, se juntaban, se unían, separábanse, en una fiesta de lujo y de coloraciones. La luz vespertina los envolvía, creándoles fondos de claroscuro; y así emergían los cuerpos, suavizado el relieve de las curvas, amortiguadas las tonalidades de las telas, como si un amoroso pincel los hubiera pintado delicadamente sobre el cristal de la atmósfera.

— Oh ¡las mujeres! — decía uno de los tres amigos, el de los poemas parnasianos. — En este sitio, á esta hora, bajo este aire, lleno como de la total juventud del mundo, me siento capaz de amarlas á todas, fervorosa,

imponderablemente, porque todas se me antojan adorables... Sin embargo, — prosiguió, asaltado sin duda por el reproche de un recuerdo — sólo una es la vencedora absoluta de mi corazón. La quiero porque tiene la altivez impasible de una diosa. No le he revelado mi amor... ni lo deseo. Jamás he tratado de penetrar en su alma; pero en su cuerpo hay la magia irresistible de la línea como en las estatuas antiguas, y eso me basta. Al comtemplarla, en silencio, con arrobamiento puramente artístico, en la íntegra serenidad de sus actitudes, experimento un goce supremo. Las tempestades de la pasión no deben turbar nunca la calma soberbia, la divina plasticidad de ese sér, á quien parece que una íntima voluntad, como la ley regularizadora de un ritmo, imprime posturas y aspectos hieráticos. El dolor ó la alegría, con sus gestos desordenados, alterarían el perfecto lineamiento del rostro; el placer, con sus espasmos convulsivos y

sus abandonos desfallecientes, descompondría la euritmia del busto. Por eso la amo así, siempre á distancia, objetiva y cerebralmente. Ella es en mi espíritu forma y en mi sensorio idea; y cuando la miro, mi único pesar es que no estemos en los tiempos de la Atenas de los dioses y de los poetas, de la Atenas artista, para cantarle un himno en aquellos clásicos exámetros, un himno inmortal, en la apolínea lira, mientras le daba á su carne la frescura eterna del mármol!...

— Yo, — dijo el segundo, sorbiendo un poco del aperitivo cual si paladeara el sabor de un beso, — no comprendo esa manera de sentir. Soy más vibrante, más real. Mi novia no tiene impasibilidades de diosa. Es absolutamente humana: una niña buena y linda á quien amo y de quien soy amado... ¡ La naturaleza! Lo que es savia, flor y fruto en las plantas, y sangre, músculos, nervios en los cuerpos; lo que es movimiento y acción; lo que sufre y lo que goza: lo que vive y lo

que muere; la naturaleza, con sus hermosuras y con sus defectos, con sus opulencias y con sus descomposiciones, he ahí lo verdadero, lo solo digno de interés, de entusiasmo, de amor!... A las actitudes olímpicas prefiero las sinceras del cariño: la flexibilidad cálida de la piel, en las presiones elocuentes, á la tersura glacial del mármol. Y nada hay para mí tan delicioso como los largos coloquios en los amables rincones de la sala, mientras la familia y las visitas hablan, olvidadas de la pareja, cuyos labios dicen poco, y cuyas almas piensan mucho, prometiéndose un universo de futuras concesiones. . Ella, mi novia, criatura lógica y ardiente, será en mi existencia energía y producción. Sus brazos han sido hechos para la caricia y para el sostén; y sus senos, sus flancos, su cuerpo todo es apto á los estímulos del amor y á las gestaciones físicas, porque posee la fuerza que enardece y atrae, y la fuerza que fecunda y genera. Esposa y madre, será la fuente

propicia donde se calmarán mis deseos instintivos, y el molde equilibrado donde se perpetuarán los caracteres y la esencia de mi raza!...

— Y yo, — dijo el tercero, saliendo de su abstracción, y convirtiendo la mirada de sus ojos claros, de las lejanías del horizonte, á su vaso intacto, — comprendo vuestros ideales, pero no los ambiciono; mi temperamento, espontáneamente, los rechaza. Tu amor es demasiado frío, demasiado objetivo, demasiado exterior; el tuyo demasiado terrestre, demasiado natural... ¡Ah la novia como yo la sueño! Una mujer con la belleza maravillosa de María y de Afrodita, provocadora simultánea de las adoraciones más puras y de las sensualidades más audaces; de éxtasis contemplativos y de caricias delirantes. Y en la urna prodigiosa de ese cuerpo, dentro de esa carne compleja, formada como de materia y de éter, de pecado y de pureza, de barro y de cielo, que se encerrara una alma,

igualmente rara, igualmente contradictoria: impulsiva y dulce, artificial é ingénua, apasionada y casta, toda candor y sensibilidad en ocasiones, y en otras toda ciencia y arcano. Que viviendo en esta época actual, de refinamientos, á veces encantadores, á veces perversos, tuviera esa inquietud morbosa, esa aspiración de impresiones nuevas, esas melancolías, esas nostalgias, vagas, indefinibles, y al mismo tiempo hondas, dominadoras; en fin, todo lo que constituye la quinta esencia del alma moderna. Que conociera el vicio, — el vicio con sus seducciones mentirosas, con sus fealdades aparentemente seductoras, — y conociéndolo, le repugnara, y fuese púdica y pura, perfectamente virtuosa, por convicción y no por ignorancia, pues la virtud que ignora es insegura, eventual, susceptible de sucumbir al choque de las pasiones de la carne, como el diamante falso al choque de los cuerpos duros... Si, una mujer única, complicada y senci-

lla, cerebro y corazón, conjunto imcomparable de modalidades extraordinarias! A una novia así, yo la amaría, la adoraría cual un místico exaltado á su deidad soberana. Y sólo ella podría amarme como lo ansío, porque me comprendería, porque sabría leer en lo más recóndito de mi espíritu, y — ¡ bendita mil veces! — sería la consoladora persuasiva de mis tristezas!...

— Una novia semejante, en nuestro ambiente, es un imposible — dijeron á una los dos amigos.

Y ambos clavaron en el tercero una mirada de indulgencia. Éste, vuelto á su abstracción, tendía de nuevo el fulgor misterioso de sus pupilas, hasta el horizonte marino, donde el crepúsculo comenzaba á esparcir sus penumbras. Sobre la superficie crespa del océano, — en la cual no se advertía ninguna de las barcas pescadoras, ya de retorno á la costa, — agonizaban, con reflejos

temblorosos, las últimas claridades de la tarde. La concurrencia humana aminoraba á prisa ; los grupos femeninos se disolvían, se retiraban, desaparecían, y la playa y la Rambla quedaban sumidas en una soledad grave, en un silencio meditabundo, como con el presentimiento de la quietud religiosa de la noche... En aquel instante, allá, muy cerca de la curva, entre un resplandor demorado del ocaso, surgió una vela blanca. La sombra triunfadora la deformaba y desvanecía por momentos. Y el tercero de los amigos contempló aquella silueta blanca, aquella visión efímera, aquella aparición fantástica ; la contempló tristemente, como si ella fuera para él la forma tangible de su ideal de amor, surgido del mar al conjuro de sus palabras, para perderse en lo infinito...

A Jorge Lavalle Cobo.

LA NUEVA LEDA



LA NUEVA LEDA

— La tarde está linda, mamá ; hoy no siento ninguna fatiga, no he tosido desde esta mañana... ¿ Ves ? Respiro muy bien, y creo que pronto estaré buena. Déjame ir á Palermo : no es día de corso y el paseo me pondrá mejor ... te lo aseguro.

La madre contempló á la hija con su angustiosa mirada de siempre, y un rayo de esperanza brilló en aquellos ojos. Sobre la demacración terrosa del rostro de la joven, aparecía difundida una leve aurora ; las pupilas tenían resplandores más intensos, y todo el semblante ostentaba inusitada ani-

mación, cual si en aquel organismo, corroído por la tísis, comenzara á realizarse una resurrección milagrosa.

El permiso fué concedido; y de la Avenida Alvear la victoria partió, al trote del vigoroso tronco. Recostada sobre los cojines del carruaje, Julia bebía con fruición el aire oxigenado de la gran calzada. Iba sola, y esto la contrariaba. Experimentaba la necesidad de hablar; una alegría secreta, cual fluido mágico, le circulaba por los nervios. Nunca se sintió en tan benéfica disposición moral; sus ideas tejían sueños luminosos, y su cuerpo, impregnado de ese jocundo baño interno, se aligeraba, llenábase como de vida nueva, é imprimía á sus músculos agilidad y fuerza... Sí, experimentaba la necesidad de hablar, de comunicarse con alguien, y lamentaba no llevar á su lado á alguna amiga. Pero carecía de amistades íntimas, hacía varios años. El mal se le inició durante el paso peligroso de la infancia á la pubertad, y su manifestación más

significativa fué una melancolía constante, que la retrajo de todo trato social. No se la veía desde la época en que, sana y fresca como las yemas primaverales, vertía en torno suyo el encanto de su inteligencia precoz y la gracia de su prometedora belleza. Así, atravesó en su victoria, inadvertida, por entre los concurrentes de Palermo, y fué á situarse junto al lago, bajo la radiosa calma vespertina...

Y en la tarde declinante, el lago esplendía como un espejo, en su quietud bruñida. Los árboles de la orilla lo circundaban, proyectando sus sombras en el agua hospedadora. Por intervalos, desprendíase alguna hoja seca, voltejeaba en el vacío, y descendía á posarse sobre la superficie temblorosa. De las avenidas inmediatas, sordos é intermitentes, llegaban el ruido de los carruajes, el rehilar de las bicicletas, ó el murmurio de las pisadas de los paseantes. Y la sensación de soledad del sitio, rota un mo-

mento, recobraba su imperio; y entonces, en su mutismo, vibraba más clara y musicalmente el vuelo de la brisa entre el ramaje sonoro. Arriba, el cielo lucía incólume su azul, pálido como seda antigua; y en el horizonte, una gran nube de violeta episcopal, era como un suntuoso catafalco que la noche preparaba al sol.

De improviso, en un recodo del lago, muy cerca, surgieron dos cisnes; avanzaron, é inmovilizáronse luego sobre la onda trepidante. Parecían contemplar, con recogimiento meditabundo, la extenuación de la luz. Eran distintos: el uno blanco cual un copo de nieve virgen; el otro negro como terciopelo funerario; ambos igualmente hermosos en sus opuestos plumajes... Julia los miraba desde su coche, en el que hacía unos minutos se tendía con languidez, perezosa, fatigada, mientras un secreto malestar, una vaga opresión, le acongojaba el pecho, tal como si una bomba neumática, lenta, furtivamente,

le extrajera de los pulmones pequeñas dosis de aire. El cisne negro la entristecía, sin saber por qué; antojábasele un pájaro mortuorio, y su pico teñido en sangre por algún acto cruel. En cambio, el blanco, al cual iban con más insistencia sus ojos, le traía al cerebro una visión lejana, cuando, años antes, viajaba con sus padres por Europa: un cuadro pictórico, visto no se acordaba dónde, en París, ó en Roma, ó en Florencia. En el cuadro, un soberbio cisne, de blancor lácteo, desplegaba amorosamente sus alas sobre el cuerpo desnudo de una mujer, cuyas carnaciones opulentas parecían bañadas en una luz blonda. El cuello del ave se estiraba hasta el rostro, y su pico posábase en la boca, audazmente, como ávido de beber la sonrisa de los labios entreabiertos... Aquel cuadro, mirado con indiferencia infantil, había persistido, por uno de tantos fenómenos cerebrales, en la memoria de la niña; y de su estado latente pasaba ahora á

evocación activa, cristalizándose, lleno de revelaciones... "¡ Qué dulzura suprema — pensaba Julia — la de esas alas sedosas, tibias, sobre la piel estremecida de la inspiradora del cuadro... ! "

A este punto, un escalofrío le recorrió el cuerpo como ráfaga glacial. La tarde, sin duda, se enfriaba. Arrebujóse en el abrigo, puesto en el coche por la previsión materna, y volvió á recostarse sobre los cojines. La fatiga le aumentaba ; crecía el secreto malestar de su pecho. Intentó retirarse, mas la detuvo el pensamiento de que si allí, en aquel paraje despejado, el aire le era esquivo, peor le sería en cualquiera otra parte. Sin embargo, y á pesar del abrigo, un escalofrío más recio le frotó de nuevo la epidermis, sacudiéndola toda. Sutiles corrientes de hielo deslizábanse ahora en la circulación de su sangre. Los oídos le zumbaban. Por el rudo latir de las sienes adivinaba que la cabeza le dolía, que le dolía

violentamente; empero, el dolor escapaba á su percepción mental, le era insensible. Y la ligereza fluida de su carne, en vez de aminorar, progresaba, prestándole la ilusión de ser ya un elemento etéreo... Súbito, el paisaje se nubló; los seres y las cosas circundantes palidecieron, perdiendo sus pérfiles y contornos. Luego se borraron, se disiparon, se extinguieron y ante sus ojos sólo quedó flotando una gruesa bruma gris.

En verdad, aquello era anormal. Así lo comprendió Julia. Dióse también cuenta de que en ella moraba la causa, de que había recrudecido su enfermedad, de que se hallaba, tal vez, muy grave. Convino, de modo cabal, en lo urgente de su regreso á la casa; y trató de incorporarse para dar al cochero la orden. Pero dominaba su voluntad una inercia imperiosa, y su pensamiento permaneció incapaz de exteriorizarse. Y no pudiendo abandonar su actitud, inapta á toda acción física, cerró, resignada, los ojos, al

peso insostenible de los párpados... Entonces, al través de ellos — cual si fueran substancia translúcida — vió operarse una como representación teatral, en la que, á un tiempo, ella actuaba y presenciaba, siendo, por tal virtud, la espectadora de sí misma.

En su casta desnudez, semejante á una flor cándida, Julia se mecía sobre el lago. El agua era templada; pero, á ratos, colábanse por entre ella hilos finísimos de un líquido más denso, un líquido congelante, á cuyo roce el cuerpo le tiritaba con temblores espasmódicos. El firmamento, velado por nubes caliginosas, era una lámina de plomo; y sobre ese fondo, sombríamente gris, en el cenit, un sol enorme, níveo, como de plata fundida, flameaba. La hoguera meridiana encendía la atmósfera; y ésta, bochornosa y rarefacta, producía en la joven jadeos sofocados.

En torno suyo, distante, un cisne blanco trazaba círculos centrípetos. Verificaba la aproximación despacio, en silencio. A medida

que se acercaba, engrandecía, abrillantándose su blancura hasta despedir reflejos deslumbradores. Ya junto á ella, gigantesco, irradió un calor húmedo, y la envolvió en él, provocándole una transpiración copiosa. En seguida le rozó el cutis con la felpa del plumón; el pico le cosquilleó en los labios, y las alas tendiéronse y empezaron á abanicarla rítmicamente... Pero todos estos contactos no la deleitaban, ni le eran siquiera inofensivos: antes bien, causábanle agudos martirios. El plumón tenía la frialdad cáustica de la nieve; sobre su boca el pico imitaba una ventosa que le sorbía, poco á poco, con tenacidad implacable, la respiración; y el aire, removido por aquel inmenso abanico, carecía de frescura, tornándose, al contrario, en una especie de gas, cada vez más asfixiante. Y el terrible pájaro gravitaba, ya por entero, en sus miembros paralizados, con peso abrumador. Y le fué odioso, infinitamente odioso; y como su cuello curvo serpenteaba sin cesar

delante de los ojos de ella — de nuevo abiertos, casi exorbitados — alargó los brazos para asírselo, y apretárselo, y retorcérselo; para, á su turno, asfixiarlo, estrangulándolo, y de esta suerte cobrarle con usura todo su sufrimiento...

La extraña dualidad que poseía le permitió verse: sus manos se agitaban en el espacio, persiguiendo, en pugna encarnizada, el cuello del cisne. Y aquel cuello serpentino la chasqueaba siempre, evadiéndose de los dedos con vertiginosa rapidez, en una burla abominable, en un zigzaguear tormentoso. La lucha duró unos minutos; al fin, cansada, abatió los brazos, recuperándola su inercia. Y para salvarse, al menos, de la visión de esa víbora blanca — la cual, después de oscilar burlona ante su vista, le reanudaba en los labios la horrible succión del aliento — convirtió los ojos á lo alto. El cielo presentaba una modificación siniestra: tenía ahora el tinte de un terciopelo fúnebre. Y sobre aque-

lla techumbre fatídica, fijo aún en el cenit, el sol se había trocado en una esfera roja, de un rojo sangriento y opaco. También la actitud de ella en el lago era diferente: hallábase en pie, recta, rígida, encima del agua, que la soportaba y retenía como una imantada superficie sólida. Y así, erguida, el malestar interno seguía su labor torturadora, duplicado, mientras fuera las alas continuaban abanicándola, removiendo, transmutando el aire, enviándoselo en ondas crecientes de gas asfixiador. Y sobre su carne convulsiva el contacto del plumón era más frío...

Un brusco dolor en el pecho, un dolor atroz, destrozante como una mordedura, la obligó á bajar los ojos. Y su espanto no tuvo límites. El monstruoso pájaro le horadaba el pecho, arrancándole pedazos de carne viva... La miraba agresivo, dardeándola con sus pupilas fosfóreas, en centelleos malignos. Luego, el pico volvió á penetrarle por el seno

izquierdo, taladrándoselo, y empezó, dentro, á hurgarle en el pulmón, á mordérselo, á desgarrárselo, deshilachándoselo fibra por fibra, con parsimonia feroz. El suplicio de ella era horroroso, y lo acrecentaba hasta lo imponderable su tiránica inercia...

Ya se creía condenada irredimible de aquella tortura, cuando he ahí que un tercer actor intervino, surgiendo, de repente, entre ambos. Era un cisne negro, gigantesco también, de lustroso pico escarlata, de plumaje aterciopelado, de aspecto, á la vez, lúgubre y espléndido. Y á su presencia, el blanco retrocedió, se alejó, huyó veloz, evaporándose en la penumbra reinante... "Este viene á seguir más cruelmente la obra del otro" — se dijo Julia, desesperada. Pero ¡oh prodigio! el negro cisne la estaba contemplando benigno, con ojos cariñosos, con ojos maternales, con ojos de una infinita dulcedumbre. Y sus alas se abrieron, y la arroparon, tibias, sedosas, acariciantes. Y aquella

comunión de sus cuerpos, infiltraba en el de Julia un bienestar inefable: le anestesiaba el pecho, se lo untaba como de un bálsamo maravilloso, y le desvanecía todos los dolores, todas las angustias, todos los tormentos... En tanto, no se apartaban de los suyos los ojos del ave, llenos de no sabía qué ultraterrena ternura. Después, el pico la besó en la boca... y Julia sintió que deliciosamente se dormía.

Fué el beso piadoso de la muerte...

ÍNDICE


3 1158 01251 5358